

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1926

Sábado 29 de Mayo

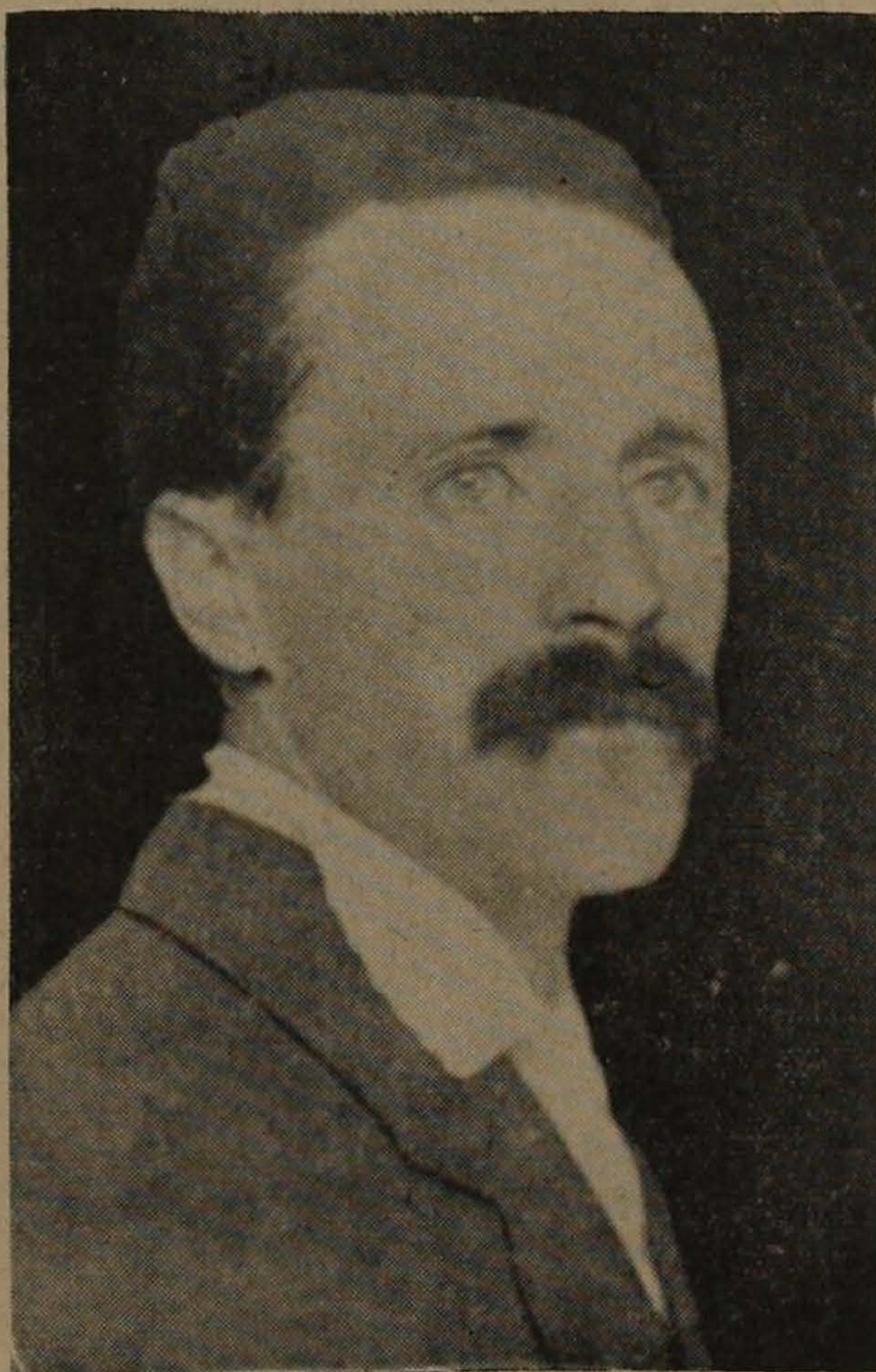
300

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: Tomás Meabe, por Luis Araquistain, Joaquín de Zuazagoitia y Juan de la Encina.—*Las cigüeñas de Tomás Meabe*, por Luis Bello.—*Aguilucho y Caracol o el animal infeliz*, por Tomás Meabe.—*La tumba de Cuautémoc*, por Rafael Heliodoro Valle.—*Recordando a Delmira Agustini*, por Clara Diana.—*Palique*, por Eugenio d'Ors.—*La enseñanza rural*, por Santiago Vicuña Subercaseaux.—*Musas itálicas*.—*Carta*, por Alberto Brenes.—*La lavandera*, por J. J. Salas Pérez.—*LA EDAD DE ORO* (Con Lecturas para niños).—*Poesías*, de Simón Latino.—*Observaciones a la Real Academia Española*, por Felipe Ibarra.—*Anadiomena*, por Angélos Sikelianos.—*Bibliografía titular*.

Al cabo de diez años de sepultura en el cementerio civil de Madrid van ahora a Bilbao los despojos de Tomás Meabe. Aunque no del todo desconocido en vida, sólo a partir de su muerte es cuando empieza a ser reconocido verdaderamente. Se adelantó a su tiempo. La conciencia humana es lenta, perezosa para los nuevos valores. Está demasiado llena de reliquias del pasado. Luego no quiere que perturben su digestión soñolienta. Meabe era una novedad y un perturbador en aquel su Bilbao de las tradiciones y de los pingües negocios. Novedad como escritor, y perturbador como socialista. Su prosa personalísima, de gran poeta y gran satírico —dos cualidades que van frecuentemente unidas—, henchida de imágenes y de dardos, de poesía y de pasión de justicia, hacía sonreír entonces a la ortodoxia literaria de los pequeños cenáculos bilbaínos. Sólo Unamuno, Juan de la Encina y pocos más ponían oído alerta a aquella voz heterodoxa en su estilo y en su pensamiento.

También desconcertaba a los lectores de *La lucha de clases*, que dirigió durante unos años. Su ideología no era bastante sistemática. Su lenguaje se salía de los tópicos corrientes. Más que las ideas abstractas le interesaba el dolor inmediato de los hombres. No era un intelectualista, no era eso que se llama un pensador, ni tampoco un hombre de acción. Su mundo era el ensueño y la emoción humana. Soñaba en una sociedad más perfecta y sufría incluso físicamente ante las injusticias de la sociedad contemporánea. Vivía y escribía abrasado por la fiebre que inflamaba en su conciencia las iniquidades circundantes. Su tuberculosis estaba en el pulmón; pero



Tomás Meabe

había nacido seguramente de una sensibilidad hiperestésica para el dolor humano. Murió de sufrir por los demás. A haber nacido con alma de señorito hoy viviría aún lleno de salud, formando parte de varios Consejos de administración. A menos que hubiera reventado de una comilona o en alguna desenfrenada carrera de automóvil.

Su patria ideal no coincidía con la real. Tuvo que salir de Bilbao. Tuvo que salir de España. Era un desterrado en el tiempo y en el espacio. Conoció la cárcel, la expatriación

y el hambre. ¡Y todo con qué silencioso heroísmo! Poco antes de la guerra europea volvió a España a morir. Sentía su tierra, su lengua, su pueblo; padeció el destierro como un desgarramiento. Estaba mortalmente herido, como la golondrina de su parábola. Se detuvo unos meses en las cercanías de Miranda de Ebro, aconsejado por su fraternal amigo José Madinaveitia, otro gran inadaptado, otro gran romántico del socialismo español, que también se adelantó a su tiempo y a quien el tiempo habrá de hacer justicia, por haberse dado íntegro, como un mártir clásico, a una idea de perfección y a una acción incesante de humanidad, como médico de almas y de pobres cuerpos dolientes. Allí, junto al Ebro, conviví con Meabe hasta que la guerra me volvió a sacar de España, y allí, junto al gran río ibérico y entre las óptimas huertas que fertiliza con su linfa, oía a diario la dulce música de su palabra y me deleitaba contemplando con los ojos de la imaginación la impalpable arquitectura de sus sueños, de aquellos hermosos sueños de convivencia en un falansterio de fraternidad y belleza que él pro-

yectaba construir en aquel paraje ribereño. Era su canto del cisne. Luego, ya desahuciado, se refugió en Madrid, a prepararse para su muerte socrática, serena e irónica, de hombre que supo vencerla con su espíritu hasta el momento mismo en que comenzó a desorganizarse su materia; en aquellos días en que afectuosamente comparaba al doctor Pittaluga, mientras sus sabios y finos dedos exploradores golpeaban su incurable tórax cavernoso, a un pájaro carpintero cuando picotea en el tronco carcomido de un árbol.

Ahora vuelven sus restos a Bilbao. a su Bilbao, a su patria chica, en póstuma repatriación, a ser sepultados definitivamente en uno de los valles vecinos, cerca del mar, que él amaba, como hijo de la costa y como viejo marino. La villa que lo arrojó de sus entrañas vivientes, cuando su fuerte personalidad turbaba su modorra mental y su laboriosa digestión económica, recoge ahora sus huesos, tal vez arrepentida de su dureza y acaso orgullosa ya de haber sido cuna de tal hombre. Hace poco volvían también a España los restos de Ganivet. Son muchos los españoles que viven o mueren en el destierro, en el destierro material o en el destierro ideal. Es destino de los mejores españoles ha sido siempre ir por delante del tiempo de su patria, vivir expatriados real o espiritualmente. Pueden decir como el Papa Gregorio VII: «Amé la justicia y aborrecí la iniquidad. Por eso muero en el destierro».

Todavía no es Bilbao ni es España la patria con que soñaba Meabe. Pero ésta su tardía repatriación al pueblo que lo vio nacer es un símbolo de los cambios que se están produciendo en la conciencia española. El entierro reciente de Pablo Iglesias es otro símbolo. Los españoles comenzamos a entender el ejemplo y la lengua de los muertos más dignos de perennidad, de los que no flaquearon, de los que no se corrompieron, de los que amaron la justicia y aborrecieron la iniquidad, de los que se abasaron en fiebre de pasión humana y se dieron plenamente a una causa impersonal. Y hablando de continuo con los grandes muertos, incorporándolos a nuestra vida, como se va haciendo con Meabe, gran escritor y mayor hombre, es como los supervivientes pueden mejor entenderse entre sí. Los pueblos más vitales y más solidarios son los que más conviven con sus muertos ejemplares. Y acaso cantando para los hermanos muertos, como la niña en el poema de Wordsworth, aprendemos también a querer mejor a los vivos,

LUIS ARAQUISTAIN

(El Sol, Madrid).

ACABAN de ser inhumados en Bilbao los restos de Tomás Meabe. No ha sido la ceremonia una reparación de la villa nativa, como generosamente pensaba Luis Araquistain. Unicamente los socialistas y un grupo exiguo de escritores y artistas han seguido los despojos del perpetuo desterrado. En ese grupo de escritores y artistas iban los pocos amigos que

Meabe tuvo en vida en Bilbao. Pocos hombres habrán dejado en el círculo de su intimidad un recuerdo más conmovido. La profunda sentimentalidad de Meabe desbordó sobre los corazones amigos y los dejó trémulos para siempre. Yo no lo conocí, así que no puedo adivinar su espíritu sino al hilo de sus escritos y de las conversaciones de sus amigos, y sólo puedo evocar su presencia corpórea a través de dos obras de arte: el retrato que le pintó Gustavo Maeztu y el que le pintó Alberto Arrúe. En el de Maeztu aparece en pie, en mangas de camisa, con la chaqueta echada sobre un hombro, los brazos desnudos hasta el codo y en la cabeza una amplia boina. Al fondo se alzan las montañas de su tierra, que tantas veces holló con su planta ligera de andarín. En el de Arrúe vemos a Meabe sentado, casi tumbado, en reposada y noble actitud. En el cuadro gris refule la blanca cabeza, tocada también, como en el de Maeztu, con halduda boina, perdida la mirada en la lejanía marina. En los dos retratos la figura es de gran belleza. La mirada inquieta y arrebatada en el de Gustavo: serena y profunda en el de Alberto. Quien se encara con estos dos retratos comprende al punto que no se halla frente a la efigie de un hombre vulgar. Aquella frente noble y amplia, aquellos ojos azules, ensoñadores y profundos; aquellos bigotes, grandes y caídos como los del hidalgo manchego, no pueden ser de cualquiera. La figura del chapelaundi irradiaba simpatía.

Corresponden los fondos de esos dos retratos a los dos polos del espíritu de Meabe. En el de Maeztu, la tierra nativa tira de Meabe hacia sí con dulce y ancestral fatalidad. En el de Arrúe, Meabe mira al mar, que es la libertad y la aventura. Hombre de sentimientos profundos, apegado a los suyos y a su tierra, se rasgó el alma para elevarse a sentimientos más libres y generales. Como las cigüeñas, a quienes cantó, levantan el vuelo desde los campanarios comarcas para cruzar los aires, en triángulos solemnes, entre nubes tormentosas, hacia cielos más clementes. Meabe, enamorado de la libertad, se elevó desde las creencias infantiles hacia cielos lejanos entre tormentas íntimas. Y, como las cigüeñas, se avergonzaba de tener hermanos que no amaban la libertad y que preferían emplear las alas en tímidos ensayos de vuelo en torno al campanario. Los hombres que como estas voladoras son y no son tan sólo merecían el desprecio de Meabe.

Temperamento el de Meabe profundamente religioso, no era capaz de pactos equívocos. Sensible, como pocos, a la injusticia, clamaba, como

un profeta por un mundo mejor. El nos dice que fué en sus primeros años profundamente creyente. No dejó de serlo nunca. No hay sino seguir el proceso de su crisis religiosa. La cuenta él mismo en unas páginas verdaderamente patéticas. No languideció distraídamente su fe ni se desentendió de su primera religión esquivando todo dolor. La abandonó desgarrándose las entrañas. Iba a la aventura, pensando, pensando, huyendo, huyendo, por los montes tan verdes de su tierra. Quería estar solo, porque los hombres, y singularmente los llamados doctos, no hacían sino aumentar el dolor de sus dudas. Pasaba los días en el monte con un cacho de pan y se golpeaba de verdad el pecho con una piedra, y ponía a su alma un asedio de cruces. Con leños toscos hacía muchas cruces, las plantaba a su alrededor, y sitiado de esos leños pedía de rodillas la fe o la muerte.

Una tarde descendió del monte y llegó a su casa cansado, pero henchido de alegría. En casa no había nadie. Subió a su cuarto, los ojos se le cerraban de sueño, y se puso de rodillas, como de costumbre, para rezar. Y se encontró con que no sabía a quien rezar. Sin embargo, su obra, desde la primera hasta la última página, no es sino una oración. He recordado muchas veces leyendo a Meabe—y lo he dicho antes de ahora—aquel soneto de Unamuno que se titula *La oración del ateo*, y que empieza: «Oye mi ruego tú, Dios que no existes». Bajo las más absolutas negaciones de Meabe gime siempre un corazón henchido de religiosidad. Como tantos otros creyentes, Meabe fué a la negación de Dios por no poderse explicar el origen del mal. Como San Agustín en el diálogo con el poeta, de Ramón Pérez de Ayala, Tomás Meabe podía preguntar al demonio de su duda:

Adivinas, mi torcedor,
El origen del mal, ¿en dónde hallarlo?

Contra el mal, cuya inutilidad levantaba en su alma oleadas de lírica indignación, luchó denodadamente toda su vida, hasta que, vencido en la desigual pelea, cayó muerto, como un soldado valeroso, en el campo de batalla que fué su propio espíritu.

Más que por la profundidad o novedad de sus ideas nos capta Meabe por el arrebatado lírico de que estaba poseído. Si fuera necesario clasificarlo entre las categorías conocidas de hombres, habría que meterlo en la de los profetas. Meabe es lo más lejano que podemos imaginar de un artista, lo más lejano que podemos imaginar de eso que se llama un literato. Y, sin embargo, ¡qué soberano artista y escritor fué Meabe! Su prosa

tiene todo el encendido arrebatado de que estaba poseído ante el doloroso espectáculo del mundo, toda la ternura que se le derramaba sobre los hombres y las cosas a través de sus pupilas azules, aquellas pupilas que pugnaban por contagiar su pureza a esta tierra en que navegamos por el cielo, como decía él en una bella imagen marinera. Y es que Meabe escribía con su propia sangre; escribía con todo su ser, con su cabeza y con sus entrañas. Y cuando se escribe así no hay oficio que valga. Todas las sabidurías y triquiñuelas del estilo caen, como bambalinas, ante el soplo vivificador de una prosa tan vigorosa, tan cambiante, tan vital como la de Meabe.

Luis Bello ha contado a este respecto, con su habitual maestría, en estas mismas columnas de *El Sol* una experiencia decisiva. Era una tarde en el estudio de Arteta. Acompañábamos al pintor Bello, Murlane, Michelena y yo. Fuimos leyendo libros un poco viejos de escritores contemporáneos. Todos parecían sepulcros. Un cierto olorcillo de carroña se desprendía de sus páginas. De pronto se encendió en el estudio una gran hoguera lírica. Las palabras de un libro habían soplado sobre los corazones tediosos que dejaban trascurrir la tarde. Luis bello leía una página de Tomás Meabe.

JOAQUÍN DE ZUAZAGOITIA

(*El Sol*, Madrid).

HAN llegado a Bilbao, su villa natal, reclamados por los socialistas, los restos de Tomás Meabe. Poco suena este nombre todavía en el resto de España. Estos días hace una nueva salida, discreta y tímida, como para pedirnos un poco de atención. A los que recordamos y conocemos la obra literaria y política de Tomás Meabe no nos cabe duda de que se va acercando el tiempo en que este nombre signifique el de uno de los escritores españoles más vigorosos y ricos de espíritu de lo que va de siglo. Ahora aparece su alba. Luis Araquistain, Joaquín Zuazagoitia, Julián Zagoitia—estos dos nombres que con tanta frecuencia se confunden—, Luis Bello y Enrique Díez-Canedo han anunciado certeramente la gloria de este hombre tan hombre, nada menos que todo un hombre, y que por eso mismo fué toda una llama. Fuera de Unamuno y de José Ortega y Gasset—por lo demás tan distintos, sobre todo Ortega—no recuerdo de ningún otro español que me haya causado tanta impresión al acercarme.

Conocí a Tomás Meabe siendo

muchacho. Yo vivía entonces entregado casi con furia a lecturas desordenadas y al estudio de las Matemáticas. Esto, con bastante menos ardor. Meabe acababa de desembarcar. Había navegado algún tiempo como piloto. Había paseado por los mares las tremendas inquietudes de su espíritu naciente. Sobre el puente, junto al sextante y la brújula, o sobre la cubierta del barco, mientras reposaba o mandaba la maniobra, se iba planteando a sí mismo problemas religiosos irresolubles, y, en jerarquía espiritual mas baja, problemas políticos y sociales, que siempre los entroncaba, voluntaria o involuntariamente, con los religiosos que le acongojaban entonces con violencia pascaliana.

Comenzó su vida pública como nacionalista vasco. Fué gran amigo de Sabino Arana, el fundador del *bizcarrismo*, otra alma de fuego como la suya. El socialismo bilbaíno y el nacionalismo vasco, entonces nacentes, se combatían sin cuartel. Meabe, creo que por consejo de Sabino Arana, se puso a estudiar ahincadamente el socialismo, con objeto, sin duda, de combatirlo desde su pobre trinchera nacionalista. El resultado de estos leales estudios fué que se alejó del partido nacionalista y al poco se le vió combatir con auténtica furia desde la trinchera que pensaba escalar y acaso destruir. He oído decir que Sabino Arana lloró al ver que se le iba el discípulo predilecto, en quien acaso veía su sucesor y heredero espiritual y el jefe futuro del partido.

En este momento, marino en tierra, metido ya de lleno y sin la más leve reserva de sí mismo en la lucha política local, conocí yo a Meabe. Lo estoy viendo cerca de mí. Tengo la seguridad que quien haya visto no más que una vez en su vida a este hombre no se le despintará de la memoria. Su figura era de una gran belleza varonil. Algo más que de mediana estatura, ancho de espaldas, pecho saliente, como de pelotari—¡quién había de decir que aquel tórax poderoso encubriera pulmones fan poco resistentes!—; piernas de corzo, incansables en la carrera y en la caminata, algo arqueadas, como de marino, que aun en tierra conserva en su marcha el ritmo del mar. Pero lo extraordinario de su persona física era la cabeza. Una cabeza bien distante del tipo español. Parecía escandinavo. Rubio-rojizo y áspero el pelo y el bigote, caído éste en cascada como el de Nietzsche. Nariz de pico de ave marina, mandíbula prognata y violenta, frente abombada, espaciosa, nobilísima, tan tranquila, que parecía ocultar deliberadamente los

grandes temporales que corría sin tregua aquel espíritu, que no conoció nunca la paz, como no fuera en la muerte. Y bajo esta noble frente de poeta nórdico lucían dos ojos extrañísimos, siempre quietos en su azul de piedra preciosa. Unamuno decía de ellos que le hacían el efecto de que siempre estaban mirando a través de un cuerpo opaco. Tal era la fijeza y la intensidad de su mirada. Su aire era, pues, decididamente romántico, que él procuraba acentuar con varonil coquetería, usando cuellos de piqué blanco muy amplios y corbatas grandes y dejándose crecer el pelo en incipiente melena. No sé por qué me recordaba con frecuencia al gran poeta inglés Shelley. Acaso porque algo se parecían sus espíritus, y acaso también sus vidas. Con tal figura ni que decir hay que gozó de gran predicamento entre las mujeres, al cual correspondía él ampliamente, pues fué de naturaleza muy amorosa.

Los socialistas bilbaínos han hecho muy bien en llevar cerca de sí, a tierra vasca, los restos de este desventurado gran amigo. Le debían ese religioso homenaje. Pero Tomás Meabe no fué solamente un hombre de partido—con serlo mucho y llegar casi hasta el fanatismo; no podía vivir sin religión, y al perder su fe católica, la substituyó con el mismo acento por la fe socialista—; fué además un gran escritor, y éste rebasa las lindes de todo partido, y a él tenemos que dirigirnos los que no fuimos ni somos correligionarios suyos en política, pero desde primera hora sentimos la nobleza de su espíritu y al gran poeta que en medio de sus rudos combates políticos pugnaba por salir a luz. Este Meabe es el Meabe que hay que salvar. El otro, el político, de él se encargarán sus compañeros socialistas de Bilbao, que no han perdido ni están en trance en modo alguno de perder su recuerdo. A ellos se debe la publicación del único libro de Tomás Meabe—una relación de escritos cortos—; pero este libro prologado por Araquistain, en el que hay páginas de un gran valor literario y humano, se ha difundido poco, fuera de Bilbao y de sus amigos, y, además, no es sino una mínima parte de los escritos publicados o inéditos. Urge, pues, una publicación más completa de los escritos que dejó Tomás Meabe.

Mientras tanto no aparezca esta obra no se le podrá juzgar como escritor, ni aun por aquellos que le seguimos en vida paso a paso, y que en toda ocasión afirmamos su valor literario por encima de sus convicciones, pasiones y luchas políticas. Buena parte de esta obra habrá que recogerla de los números de *La lu-*

cha de clases, de Bilbao, que dirigió algún tiempo (este semanario socialista en tiempos fué también redactado casi íntegramente por Unamuno), y de *El Adelante*, de Eibar, que fundó Meabe, si mal no recuerdo, en compañía de su íntimo amigo, maestro y médico José Madinaveitia. El día que se hiciera esta publicación, o mucho nos engañamos unos cuantos, o ese día entrará en las letras españolas una de sus figuras contemporáneas más sensibles, más apasionadas y originales.

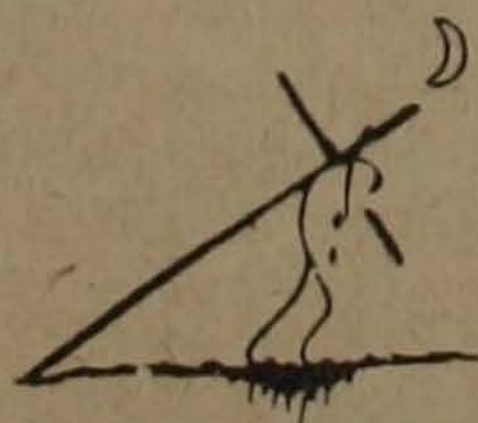
Luis Araquistain ha visto con toda claridad al decir que Tomás Meabe no era un doctrinario del socialismo. En lo íntimo de su espíritu, esa doctrina no le importaba como tal acaso gran cosa. Meabe entró en el socialismo, al cual dió, en realidad, su vida, por un amor y una compasión poderosísimos por los que sufren hambre y sed de justicia. Cuando le decía yo que era un franciscano rezagado en su nacimiento nada menos que siete siglos, se reía y casi quería protestar; pero, en el fondo, así se consideraba él también. Tuvo una especie de fobia religiosa, y a veces parecía que consideraba a Dios como un enemigo personal. Pero por debajo de sus blasfemias de combatiente, la piedad cristiana le inspiraba sus mejores, más humanas y poéticas palabras. En la violencia combativa de Meabe hay que poner como componente la exasperación que había de producir forzosamente en un espíritu tan sensible y generoso la constante persecución que sufrió de parte de los fariseos, sepulcros blanqueados y mercaderes del templo. Hay que decirlo: no pararon hasta matarlo.

Literariamente, Tomás Meabe es un caso muy complejo. Su estilo va desde la extrema simplicidad de la parábola evangélica hasta complicaciones y retorcimientos de forma, que no dejan de recordar de algún modo a las prosas oscuras de Mallarmé. Su grande y paradójica admiración fué Nietzsche.

Envío.—Amigo José Ortega y Gasset: ¿No habría modo que la editorial de la *Revista de Occidente* pusiera sus ojos alerta en esa noble figura de Tomás Meabe?

JUAN DE LA ENCINA

(La Voz, Madrid).



Las cigüeñas de Tomás Meabe

«En estos días malos, que se meten dentro de uno a dar frío y tristeza, van pasando las cigüeñas por los Pirineos en triángulos solemnes, alerta contra los halcones, con hambre y gritando. Van pasando con fe, por entre las nubes de todo el cielo, a busca de cielos más clementes...»

Cuando leí por primera vez esta parábola de Tomás Meabe—fué en *La lucha de Clases*, de Bilbao—ví la betleza melancólica del gesto con que el poeta enfermo sigue el vuelo de las aves emigrantes. Cada triángulo es una flecha que el viento ayuda a mantenerse en lo alto. Todos juntos son como un gran camino celeste que lleva al ideal y que el poeta enfermo sólo con los ojos—y con el alma—puede seguir. Hay en los cuentos de Andersen un «patito monstruo» que ve pasar con angustia de impotencia la bandada de aves viajeras. Pero ¡ya volará! ¡Ya irá él también! Es pequeño, humilde, torpe, y sólo le falta crecer. Ninguna experiencia, ningún dolor se agrega al ansia de sus alas, cuyo único defecto está en que son débiles todavía. El poeta enfermo sabe mucho más:

«... Y yo quisiera, cuando oigo sus gritos sobre mi cabeza, tener muchos niños a mi lado, todos los de este pueblo en agobio, para decirles, conmovido, cobrando corazón: «¡Saludad, que algo grande pasa en todo el cielo!»

Porque Tomás Meabe salió siempre al paso de las ideas más bellas para mostrárselas a los niños y a las gentes sencillas. Una tarde, en el estudio de Arteta—no creo que lo hayan olvidado Murlane, Michelena y Joaquín Zuazagoitia—, leímos al azar páginas de varios libros, alguno de ellos indigno de la exhumación; y de pronto sonó una voz apasionada y sincera, de hombre, nada más y no de hombre de letras. Habíamos dado con unos recuerdos de infancia de Meabe. Mis tres amigos bilbaínos le recuerdan como a hermano mayor y hablan siempre de él con veneración. Pero aquel día me pareció que yo había ido con ellos a la misma escuela y que aquel maestro «Cachirulo», que leía *El Monitor* y pegaba con palmeta, despertaba también mis recuerdos infantiles de rebeldía y de odio a la crueldad. ¡Guerra al poder bárbaro y a los traidorzuelos, «al grupo de los pequeños miserables escogidos, conveniencieros, modositos, aprovechados...!» Esta emoción, justiciera y dispuesta a la lucha, está como bañada en un rocío matinal, infantil, de ternura por los pequeños

y por cuantos quieren más de lo que pueden. Ya otra vez, en otra página de las obras de Meabe, había encontrado yo la dolura de una golondrina—enferma, herida o vieja—, que no puede seguir en el vuelo grande a sus compañeras, y queda muerta, «mirando siempre al punto del cielo por donde se habían ido las demás». Pero es más fuerte y más apasionada la parábola de *Las cigüeñas*, así como el saludo a ese «algo grande que pasa en todo el cielo».

«Porque hay una cosa que cuentan de estas emigradoras, y es que cuando se juntan para sus viajes, deliberan, parece que deliberan largo rato, y unas vigilan mientras otras van a llamar a las que faltan, a las cigüeñas domésticas que suele haber, y las maltratan por no querer seguir las en su éxodo de aves libres. Luego de lo cual se elevan rectamente para orientarse, brújulas vivas, giran sobre sí y parten a las lejanas tierras de más sol.

«Ahora pasan, símbolo vivo de lo que cada vez más creo que es el único motivo de vivir; pasan por lo alto, entre nubes hostiles, como perdidas, y siento no sé qué respeto grande».

El único motivo de vivir... ¿Hace falta para hablar de ese modo sentirse desprendido de todos los otros motivos que impulsan y espolean al hombre normal? Tomás Meabe deja asomar aquí su espíritu de poeta; pero ahora, como cuando niño, no perdona a los traidorzuelos. Lo que da nervio más vigoroso a sus parábolas—tan breves—no es el ensueño sino la cólera, la severidad con los que juzga culpables de domesticidad.

«Encuentro bien esta vergüenza de las cigüeñas, de tener hermanas que no aman la libertad, que son y no son; y encuentro bien que quieran matarlas a picotazos. La domesticidad va contra las alas, es mal ejemplo para las crías y un peligro para el porvenir de la especie. Comprendo la cólera de las nobles aves, peregrinos de ala fuerte, de vuelo sostenido, de instinto liberal; comprendo que en el fondo no hacen más que defenderse: el ave de alas serviles, que es y no es de su casta, es peor enemigo que las aves de rapiña. Hay que acabar con ella».

Ya no es un vago ensueño de ideólogo el fondo del pensamiento de Tomás Meabe, sino que se le ve poblado de experiencias, tal como podemos encontrarlas en nuestra vida actual sus amigos de ayer. Si la Federación de Juventudes Socialistas edita las *Parábolas* de Meabe, dis-

persas hasta ahora, es porque encuentra en ellas virtud pedagógica y, sobre todo, porque las acepta como un tónico, un poderoso estimulante de la pasión política. El poeta fué también hombre de acción. Trabajó valerosamente en la propaganda de sus ideas. Sufrió cárcel, destierro. Cuando dice que odia a las gentes domesticadas, es porque conoce cuánto vale al poder injusto el servicio de los que «son y no son». No solamente por respeto a la integridad de la persona y a la firmeza de su textura moral, sino por conciencia de que estos fugitivos de nuestras filas son los que más daño nos hacen.

«Lo que estos malos días pasa altamente, entre nubes hostiles, por los Pirineos, después de dar muchos picotazos, es la libertad. La libertad que no viene de este punto o del otro punto, sino que viene y va de todas partes. La libertad, que no viene de Francia, como dicen—¡mentira!—ni de Inglaterra, sino que desde pequeños nos ha pasado por la cabeza tantas veces como a los franceses y a los ingleses, y gritando más».

Así acaba esta parábola de las cigüeñas. La escribió Tomás Meabe en plena guerra, pensando en la Libertad como en el mayor bien, «más codiciado que la vida». Quiso dar a nuestra buena pasión armas para luchar contra sus naturales enemigos y para castigar las defecciones de los que huyen al otro bando. Agradezco a la Federación de Juventudes Socialistas el haberme dado ocasión de recordar la lección de un poeta que vivió y murió en campaña, con un género de heroísmo alto y ejemplar.

LUIS BELLO

(El Sol, Madrid).

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739.

Buenos Aires.

Aguilucho y Caracol o el animal infeliz

Por

TOMÁS MEABE

=Del tomo *Parábolas*. Publicaciones de la Federación de Juventudes Socialistas. Madrid, 1925.=

No sé si he leído o soñado que la Humanidad se divide en dos clases de cerdos: los que ríen y los que no ríen; pero eso no está bien, ni eso otro de que somos humanos y divinos, sino que tenemos dos naturalezas, una divina y otra caracoliana. Mi genio humilde tiene que reconocer que esto es lo que hay.

El caracol es un animal de cuernos blandos, y de ojos de corta vista en las punticas de los cuernos; el cual, cuando no se esconde o duerme en ella, es signo de que arrastra la concha, de la que no puede salir más que en parte, y para volver a meterse. Es un animal que no ve más allá de sus cuernos, que vive en poco, creído de que no hay más, seguro de que no hace falta más, no comprendiendo más, y los verbazales son para él bosques sin fin; digo, no son nada de esos bosques, sino que debajo de los ojos de los cuernos blandengues no hay más que una cosa que se toca y es del cuerpo mismo, unas veces para comer, otras veces para descomer, y siempre para arrastrarse y dejar baba. El caracol legítimo es, por lo tanto, un conservador, un molusco de orden, un pequeño espíritu lógico, un patriota de cascarón. Vive arrastrándose; y palmo que se arrastra, palmo de brillo; vive brillando. Tiene muchos dientes, millares, y pocos ojos: es feliz. Cuando no hay para los dientes, duerme: es feliz. Además, es infalible. Y muere dentro de su concha, sin verse, con los cuernos visuales santamente recogidos en su propia oscuridad.

Pues este brillante baboso, indisolublemente unido a un aguilucho cándido, es lo que haciendo misterios y con satánica soberbia llamamos nuestra alma. Porque el hombre no es sólo caracol, y de ahí que no sea feliz; además de caracol es un animal astrónomo, aviador, descontentadizo, que quiere de lo que no hay, amigo y vecino del imposible, que hace poesías, que pierde el paraguas, que siempre se está madurando para alguna nueva locura divina. Todo lo cual y otros excesos le viene de lo que tiene de aguilucho raro. Tenemos, pues, como digo, dos naturalezas.

Pero nuestro caracol conspira contra nuestro aguilucho, y el aguilucho quiere llevarse de viaje al caracol, y el uno dice que si el sol y el cielo, y el otro que si dónde va a dejar la baba, que no se anda sin dejarla,

que lo sabe por tradición y experiencia: y riñen, con mucha razón; y estas, ni más ni menos, toda la historia de la Humanidad. Regístrese bien la Historia y se hallará en su oscuro fondo trágico un inmenso caracol vulgar y un ave temeraria, los dos con el mismo cuello, el uno haciendo para arriba, el otro haciendo para abajo, pesadamente. Este es el monstruoso drama de los siglos, nacido, de un alma también monstruosa, en los espacios sin fin de la casualidad. El progreso, lo que llaman el progreso, no es más que la muerte paulatina del caracol. En cuanto muera habrá felicidad, pero otra que la de a ras de tierra, y el divino aguilucho hará su viaje libremente. Mi piedad me lo dice en este momento.

Y por lo que toca a los individuos, a la historia y al progreso íntimos de cada cual, quisiera tener yo el descaro filosófico de un Sócrates para ir preguntando a todo dios, no si sabe que no sabe nada, sino cuál de los dos animales de su alma está debajo.

NOTA.—Hay una humildad, que es la cristiana, y el hombre de esta humildad, gusano vil, según él, baja la cabeza, pero dice: «El cielo para mí»; o dice: «Toda la inmensidad está ocupada hoy viernes en ver si como chorizo». Lo que llaman algunos humildad de garabato. Y hay otra humildad que no se puede decir ni pensar, que es la mía; si no me equivoco. El hombre de esta humildad estará conmigo sobre lo que es el alma humana. Pero si se quiere convencer más y considerar de paso nuestro humildísimo origen, no tiene más que venirse aquí, a mi pueblo. Los bizcaitarras son aquí, tocante a pesadez, una prueba de hasta dónde puede llegar el caracol amaestrado. Tienen mucho de caracol, son casi felices. Y dígame lo que se diga, son unos caracoles entusiastas.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

La enseñanza rural

=La Nación, Santiago de Chile.=

1.—La escuela primaria está sabia y prácticamente organizada en Inglaterra para la propaganda agrícola escolar y consagra, a lo menos, seis horas diarias a las diferentes materias de la enseñanza de este ramo.

Antiguamente se acostumbraba repartir estos conocimientos en el último año de la educación primaria del niño y las nuevas reformas la ejercen, hoy día, en los tres últimos, dejando, en cambio, para el último período un curso práctico ejercitado en el campo de la experiencia, preferentemente, durante la época de las siembras y de las cosechas.

La ciencia teórica se une a la ciencia aplicada y se tiene por sistema invariable que esta educación sea vulgarizada por medio de maestros paisanos, especializados en los diversos cultivos del Reino Unido. No se quiere profesores agrónomos, no; tampoco, especialistas científicos, porque se considera en Inglaterra que para retener a los adolescentes en los campos es más necesario el ejemplo que los programas y que es más necesario un institutor rural — un paisano experimentado — que un titulado o un funcionario. Se estima, además, que este nuevo elemento de la enseñanza infantil debe estar ligado por simpatía poblana, por confianza amistosa con el maestro de escuela a fin de que, contando con su opinión, y con su ayuda, se realicen propósitos de absoluta unidad en la enseñanza y el ejemplo combinados. Por esta clase de medios y a medida que los niños adquieren el aprendizaje escolar se obtiene, casi siempre, que no dejen de amar, jamás, las labores que hacen el oficio de sus padres.

La escuela rural no significa en el concepto inglés, escuela de especialistas. Se quiere, no más, una enseñanza general que, no es otra, que la del simple cultivo de la tierra y las normas que se aplican a su enseñanza no pretenden otra cosa que pequeños ingleses preparados para los diversos cultivos regionales. Son las más de ellas, lecciones objetivas; son clases-paseos que constituyen explicaciones y aplicaciones prácticas; son ejemplos continuos derivados de

la experiencia del paisano y los objetivos perseguidos, de tal modo, que lejos de contrariar la primera vocación del niño no hacen sino tender a fortificarla.

Si no, recordemos los niños en sus primeros juegos y no podremos dudar de que nuestros chicuelos campesinos llevan en la sangre la vocación agrícola: la carreta, la acequia regadera, el yugo, la hechona, son los atributos de sus primeros juegos y la parva de paja, blanda y dorada, el regazo de sus precoces travesuras y hasta el lecho de sus primeros amores...

Dentro del programa escolar, están hábilmente combinados la historia y la geografía de la tierra natal, las matemáticas elementales, rudimentos científicos generales, con el amor por la belleza del trabajo de los campos, que es todo cuanto se necesita para despertar en los futuros hombres la conciencia de su valor social hacia la tierra.

El pasado verano me fué dado regalar mis ojos y los de mis hijos, con la hermosa realidad de un gráfico hecho a colores, mejor dicho, de una pintoresca réclame de la Escuela Agrícola, sumamente vulgarizado en el país de York. Representa el umbral de la Escuela bajo el claro sol de julio, a la vera de los campos en que maduran los trigales, a la sombra de los cerezos cubiertos de frutos y a cuya puerta un hombre en camisa azul — el maestro paisano — se ocupa de lechar una vaca en medio de las cabecitas, doradas como el trigo, de un grupo de tiernos niños que, terminadas las horas de sus estudios regulares, reciben su clase de agricultura doméstica.

Días después, en acostumbrados paseos de atardecer por los alrededores de Hull, en Cottingham, pueblo vecino que se levanta en medio de los prados, señalado, allá lejos, por las torres de una iglesia vetusta, rodeada de un cementerio en que se yerguen cruces de todos tamaños cual si fuesen los brazos desnudos y requemados de sus moradores que se alzasen al toque de oraciones, nos hallamos sentados a la verja de aquel

campo santo después de rudo caminar.

De pronto, los chicuelos rubios, algo desordenados, despeinados — chicuelos de vacaciones — comienzan a aglomerarse a la gran puerta que tenemos al frente; dos más grandes proceden a rociar el suelo con el agua limpida de sus gamellas; el hombre de camisa azul aparece en seguida y tras él otros dos muchachos se encaminan al mismo sitio, acariciando más bien que conduciendo la misma vaca blanca, ondulante nodriza de ojos mansos en que se refleja la hora rosada de la tarde, de la conocida affiche de los condados de York.

Nos encontramos deliciosamente sorprendidos; y como mis pequeños acompañantes se empeñaban en tomar parte en la amable tarea, debí acercarme cuanto fuese excusable. Notada la satisfacción con que asistíamos a la rústica escena, el buen hombre — el maestro paisano — hizo traer una silla y luego un cántaro en el que nos dió a beber de aquel líquido fragante y misterioso que se forma de la verdura húmeda del campo, de sangre roja y ardiente y que deja en los labios un inmaculado sabor de lactancia.

This is the best cocktail you have ever drank, exclamó.

2.—A fin de que el objeto de la escuela rural llene una tarea sin reproche, los legisladores ingleses han inscrito, en primer término, la enseñanza y el cultivo de la moral. Suponen que la vida de los campos exige virtudes simples, de las que ella misma se encarga de ofrecernos el ejemplo. Es innegable que los vicios de las ciudades se encaminan hacia los campos y que concurren a su desmoralización; el sabor, a veces, un tanto amargo de las faenas agrícolas; la economía mantenida en pugna con el propio bienestar; el deseo de gustar, libremente, alguno de los placeres que ofrece la ciudad vecina, deberán conducir al maestro a marcar mucho su acento sobre la moral; pero a una moral sin dogma ni sistema, moral simple y familiar, abierta a las almas, sin más doctrina que el amor al bien, insinuada a través de todas las cosas familiares y no sermoneada a propósito de lo que no se requiere.

En los campos de Inglaterra se nota, con la misma tristeza que entre nosotros, que no van quedando sino los viejos; los jóvenes que fueron a la guerra se quedaron para siempre en los trabajos de los pueblos; los niños, apenas terminada su instrucción primaria, seguían el mismo engañoso éxodo de la ciudad luminosa, feria de quimeras hospitalizadas!

A este precio, la escuela rural inglesa combinada, pretende en lo posible, dado que su influencia no puede ejercerse más allá de la complejidad de las fuerzas que obran sobre el alma paisana, llenar toda conciencia, todo su deber hacia la tierra.

Por nuestra parte ¿no sería posible, si padecemos de los mismos males, curarlos con los mismos remedios?

Tenemos en el país tres grandes establecimientos de enseñanza agrícola de donde, año a año, se reparten en las actividades agrícolas particulares, no diré ingenieros agrónomos recibidos, pero sí alumnos distinguidos de escuelas prácticas que se podrían aprovechar sin mayor dificultad en ambos ramos: el trabajo particular y la enseñanza rural.

Más todavía; aquellos alumnos distinguidos de las Escuelas Prácticas de Agricultura, podrían ejercer ambas actividades en sus departamentos de origen, lo que les ofrecería, como es fácil preverlo, la doble ventaja de prestar sus servicios, técnicos o prácticos, en las haciendas de sus relacionados y la enseñanza rural, por seis horas de la semana, entre los hijos de su propio pueblo.

Y qué noble consorcio, qué bella, qué fecunda tarea la del maestro de escuela y la del maestro rural, los dos paisanos, enseñando al que no sabe dentro de su propia casa.

SANTIAGO VICUÑA SUBERCASEAUX

York, febrero de 1926.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: **un colón.**

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Musas itálicas

1.—Los Grandes

por Ada Negri Garlanda

ADMIRO a los Fuertes que, besados en la frente por una boca sobrehumana, anhelantes de un horizonte más amplio, subieron a una altura soberana, obtuvieron las sonrisas y los cantos y las locuras de los genios, conocieron todos los vuelos y todos los llantos y todas las armonías y murieron en un ensueño de gloria, circundados de sol.

Amo a los Rebeldes que, heridos en lo más íntimo por una angustia suprema, se sienten ligados, por un lazo divino de Amor, a quien llora y a quien tiembla; amo a los Malditos que Jesús redimió y a los cuales los propios hermanos han traicionado; a aquellos que, por tierras lejanas y por mares tempestuosos, han predicado nuevas leyes cantando el himno de las edades futuras, sublimes en el delirio del ideal: los que siempre sonrieron al martirio.

Pero lloro, con lágrimas del alma, por los Grandes de la tiniebla: los hambrientos, los oprimidos, los venerandos que no obtuvieron ni tregua ni perdón de la naturaleza enemiga; aquellos que, a pesar de sus miserias, nunca han sabido odiar; lloro por los que sin envidia, vieron florecer los jardines ajenos y agotarse los propios; gimo por quienes beben hiel y lágrimas heridos en el alma por la injusticia ciega y soberbia; por los que, a pesar de sus desgracias, no han manchado sus manos ni con el robo, ni con la muerte; lloro por los que pasan entre hielos y tempestades, sumergidos en el olvido, sin sol, sin pan, sin calor; por los que a pesar de las propias desnudeces, han creído siempre en Dios; lloro por los que, para dormir, nunca consiguen más que un montón de paja nauseabunda; por los que irán, de seguro, a morir en un hospital: por los que, a pesar de tanto dolor, morirán amando!

2.—Pensamiento

de Fernanda Leopardi

Es de viles el no saber sufrir.

3.—Maternidad espiritual

de María Pascoli

También yo, en los dulces ensueños de mi vida, soñé con vosotros, hijos míos a quienes nunca ví, pero a quienes siento alegrar mi cuarto de eremita con vuestras pequeñas voces argentinas. Oh! para vosotros, estas flacas manos, tan elogiadas en

el convento, habrían confeccionado, con cariño inmenso, el hermoso vestido de encajes blancos y de largas cintas flotantes. Eran ensueños y todavía hoy, ensueños son; en la eterna sombra permaneceréis sin obedecer a mi llamado, hijos míos aún no nacidos.

Ensueños... y es vana la obra materna y son vanos los deseos inmensos y son vanos los besos... porque nadie tiende sus bracitos delicados al verme, hijos míos aún no nacidos!

4.—Rosas silvestres

de Emma Conigliani

El corazón más ingenuo es lo suficiente astuto para engañar a la propia razón.

Las alegrías más verdaderas y, por lo tanto, más dignas de envidia, son las menos envidiadas.

Las pequeñas ideas, los pequeños afectos tienen en sí un valor, una gracia que perderían si se enunciaran con magníficas palabras; nada es más frío que la exageración,

El ansia de *parecer* nos impide a menudo *ser*.

No ama intensamente, ni siquiera a sí mismo, quien ama solamente a su persona.

Es una empresa desesperante la de querer que esté contento de los demás quien no está contento de sí mismo.

Todo el dolor del destino humano esta en la sencilla expresión del cuervo de Poe: *nunca más!*

No digáis bien de vosotros mismos: no os creerían; no digáis tampoco mal de vosotros mismos: os creerían demasiado!

5.—Una fotografía

de Clementina Laura Maiocchi (Bruna).

Oh! imagen gentil de mi amado perdido, imagen que el sol inconsciente grabó con sus dardos; al contemplarte, amado rostro mudo de ojos luminosos, pienso en aquellos días, ya lejanos, en los cuales te embellecía una sonrisa fugaz, en los cuales tus labios repetían con dulce acento el nombre mío. Querido rostro de los ojos luminosos, dulzura mía! Al través de mis lágrimas te contemplo y, al considerar que tú no me miras, se me deshace el corazón.

6.—Consejo

de Amalia Guglielminetti

El hombre a quien ayer amaste, mañana enemigo tuyo será: guarda

siempre lista la fuerza que, para vencerlo, baste. Ten pronto el orgullo que sirva como venda para cualquier profunda herida y que esconda tu llanto y tu dolor. Aprende a dulcificar lo amargo que el corazón te manda y sonreírle blanda, hablarle con delicada voz. Quien ayer te ofrecía su ser por entero, será mañana tu mayor enemigo: no les des nunca a sus manos una arma demasiado nociva. No le hagas conocer tu pensamiento, no desnudes, ante él, tu conciencia; haz que te ame sin conocerte por completo. Y aún si lo adoras en tu cerrado corazón más que a un dios, haz que lo ignore hasta el día del olvido.

7.—La vía desconocida

de Melina Pastorell

¿Crees que deseo transitar por el mismo sendero? ¿Crees que quiero detenerme de nuevo en las mismas esquinas en donde acostumbraba hacerlo en mis bellos días idos? ¿Crees que ansío volver?

Piensa: ¿qué esperaría vigilando desde mi puesto luminoso los bellos senderos? Ahora conozco de las verdes sombras los misterios; ahora sé lo que dice el viento al soplar con fuerza indecible.

He mirado, he visto y he comprendido mucho con estos claros ojos infantiles. Y recogí flores en grandes ramos y tenues hilos de hierbas y fué como si ignorase el peso de toda vileza, de toda miseria, de toda sutil angustia. Pero ví y comprendí. Escucha, aunque de nuevo encontrase los nidos alegres, no sabría tejer ensueños otra vez.

Y sin embargo, recogí rosas, muchas rosas, también algunas hojas de laurel; pero no deseo recorrer otra vez, al claro de luna ni bajo el sol ardiente, aquellos senderos vanos.

Cree: no es aquella la vía que conviene; tampoco sé de otra mejor. Si conociese otras vías, si supiese que existen nuevos senderos!...

¡Siempre la vía desconocida es la más bella!...

Selección y traducción
de JOSÉ FABIO GARNIER.

Seguirán:

El Amor, de Amalia Guglielminetti.

La Señora Paula, de Matilde Serao Scarfoglio.

Qué es el Amor, de Gaspara Stampa.

El Eterno Error, de Adelaida Bernardini Capuana.

El Abuelo, de Grazia Deledda Madesani.

El Granuja, de Ada Negri Garlanda.

Cantares de la Cárcel, de Victoria Aganoor Pompili.

El Canto, de María Cuttica Coggiola.

La Reina Educadora, de Sofía Bisi Albini.
Mas Allá del Misterio, de María Maiocchi Plattis.

El Amante Desconocido, de Amalia Guglielminetti.

Las Dos Coronas, de Elena de Montenegro.

Fantasma, de Ada Negri Garlanda.

Manejo de Violetas, de Dora Melegari.
etc. etc.

Carta

acerca de un provincialismo de Costa Rica

San José, 3 de mayo de 1926.

Señorita María Baltodano

Liberia.

Estimada señorita: A propósito de la consulta que Ud. en nombre propio y de sus apreciables compañeras de la Escuela Complementaria se ha servido hacerme en carta de 29 de abril último relativamente a la palabra tapicar que aparece en mi estudio lingüístico publicado en el REPERTORIO AMERICANO, debo expresar lo que sigue: precisamente acerca de ese punto se deslizó un error en el REPERTORIO, pues la palabra tal como la consigna la Academia Española es tapiscar, como usada en Costa Rica y Honduras, y dándole por significación «Cosechar el maíz, desgranando la mazorca».

Ahora, aquí en el interior de la República es desconocido el vocablo, o al menos no tengo la menor noticia de que se use en ese u otro sentido.

Por lo que Ud. me comunica me entero de que en esa Provincia sí se le aplica para designar la acción de separar del tallo la mazorca del maíz. Ese significado que ustedes le dan es el mismo que tiene en Honduras según el libro *Hondureñismos* escrito por Alberto Membreño, donde se registra: «Tapiscar. Cosechar el maíz rompiendo la hoja y desprendiendo del tallo la mazorca. Es de origen mejicano».

Creo, en esa forma dejar aclarada la cuestión propuesta.

Al dar a Ud. y compañeras muy expresivas gracias por su interesante carta, me es grato suscribirme su atento servidor,

ALBERTO BRENES

La lavandera

Por las mañanas,
copian su cuerpo
las aguas claras
de un manantial;
y por las tardes
va con un lío
cantando endechas
entre el jaral.

Lava las ropas
con tal primor
que nadie puede
nunca igualar;
por eso tiene
tan dulce voz,
por eso luce
tan regio andar.

Bajo los ceibos
se ve su faz,

como una estrella
con su fulgor;
y al ver tal gracia,
que es de un querub,
el pecho amante
llora de amor.

Quiero que laves
mi corazón
de toda duda,
pena o rencor,
pues lavandera
te quiero hacer
de mi alma henchida
de fe y de amor.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, (C. R.) 1926.

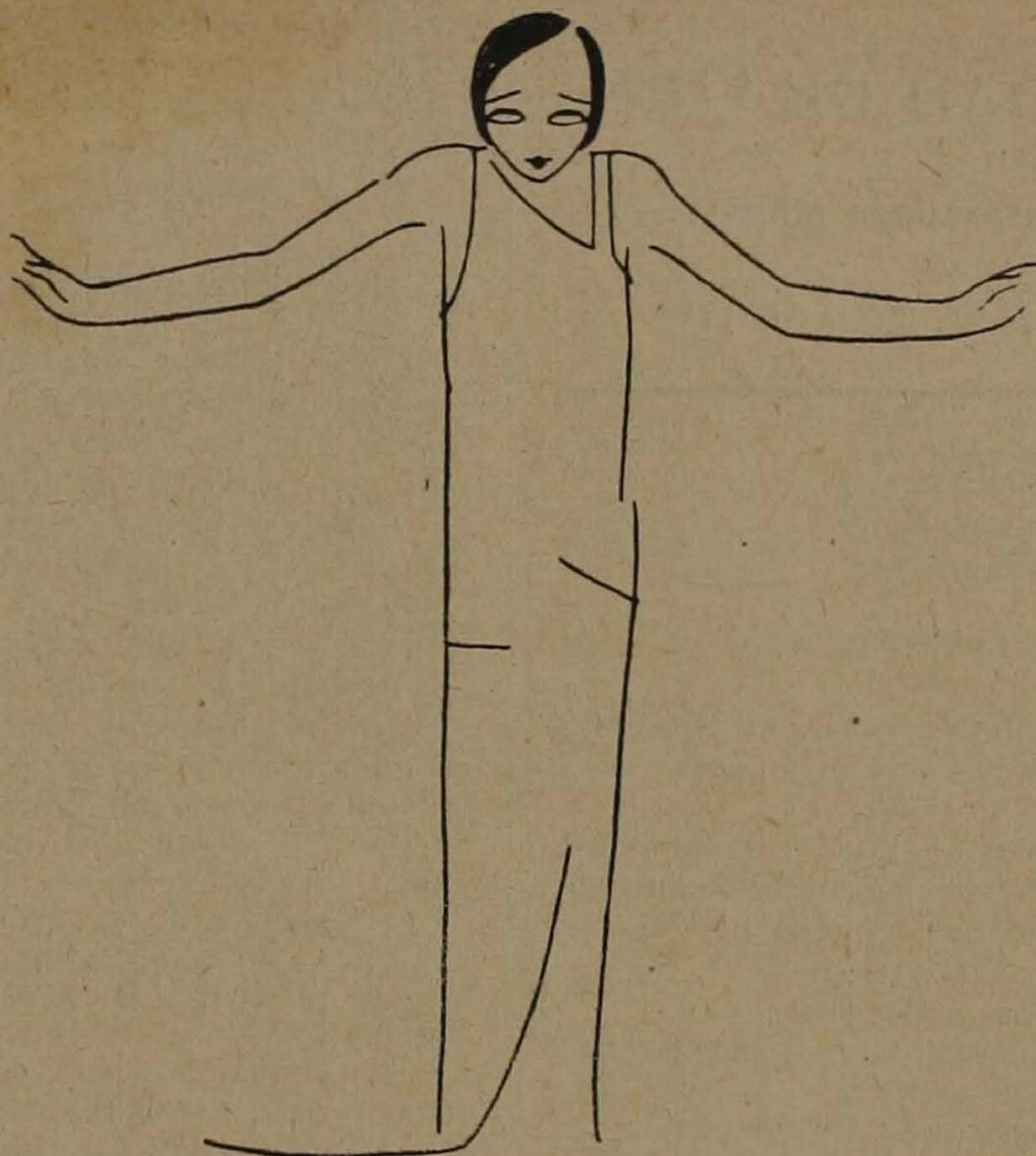
Palique

ANUNCIÁBASE con razón buen año para la vindicación de la Voz humana. De una parte, ya no iban a malgastarla y a degradarla tanto los Parla-mentos; cerrados los unos, en Europa, los otros, de uso algo precario. De otra parte, la tradición lúdica del antiguo melodrama al modo italiano, iba sin duda a renacer—por lo menos en el gusto de los mejores—según pudo advertirse en los recientes festivales de Venecia. Rusia, Italia y España vienen así prestando a la causa del nuevo entronizamiento de la Voz un doble servicio: el de unos cuantos puños autoritarios de buen temple y de unas cuantas gargantas melodiosas de buen timbre.

Pero todavía en otro signo se anuncia la misma gloria inminente. Puede preverse el próximo reinado de la Voz humana si se atiende al fenómeno, advertido en varios lugares del mundo, de que la declamación pura vuelve a gustar.

* *

Oyendo a Berta Singerman, recitadora de ritmos españoles con acentos de Moscovia y del Ultramar, y gritadora, con acentos humanos, de onomatopeyas universales, ¿cómo no pensar en lo que sería un teatro donde se ampliase y enriqueciera un arte así, un arte que ya, en su forma más elemental, tanto nos conmueve? Si ya una sola artista, tal vez sin extraordinaria ventaja en apostura y temperamento, perjudicada sin duda por inevitables matices de extranjería en la fonética—que no digo afeen, pero sin duda distraen—, si ya una sola artista, digo, desamparada en un escenario demasiado grande, diciendo un poema corto, sin argumento casi, desde luego sin sorpresa y sin nada en él que directamente excite a nuestras formas habituales y más ordinarias de interés o de pasión, logra hacernos llorar—así la Singerman con el *San Francisco y el lobo*, de Rubén Darío, poema no incluíble, sin embargo, entre lo más bello del dulce



(Dibujo de RIVERO GIL.)

poeta—, ¡cuán altísimo efecto podría esperar del juego y desarrollo trágicos de una noble fábula obsedente entre cinco figuras, a condición de que cada una de ellas supiese declamar así, con la persuasión de que cada una oficia en un rito, cuyo instrumento es, concretamente, *la exaltación suprema de la Palabra y de la Voz del hombre*, esto y no otra cosa!

Culpa fué del siglo xix querer superar en el teatro este placer. Castigo suyo, en cuya expiación continuamos nosotros, olvidarlo.

* *

Las últimas tablas que han intentado con honor esas fiestas de espíritu han sido las de la Casa de Molière. Pero dieron las gentes en cansarse y en sonreír de la tradición de la Casa, y tomándola como afectación de la nueva escuela de naturalidad (¡de naturalidad!) debía huir, y la tradición ha acabado por perderse... Me parecía que hoy ya daríamos alguna cosa por volverla a encontrar.

Sarah Bernhardt tuvo, en la cuenta de su larga vida, grandes pecados.

El Cantar de los Cantares,
en el precioso arreglo dramático de
Juan de Bonafón

En las ediciones del CONVIVIO.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

¡Solicitenlo ahora mismo.

Por
Eugenio d'Ors

Pecados artísticos, quiero decir. Aquella su interpretación andrógina y apajecillada del *Hamlet* no excitó sin razón las iras de alguno de los mejores testimonios literarios de su época... Pero imagino, pues, en la gloria del porvenir, muchas culpas que se perdonarán a la actriz de la voz de plata en gracia a haber sido la última sacerdotisa de un gran culto, en cuya pérdida se habían ya conjurado todas las pagánias de la vulgaridad; la última conocedora del conjuro para convertir la palabra en música sin más escala que tres tonos ni más instrumento que las consonantes y las vocales.

El metro alejandrino francés es un hijo del canto

llano. Si no se le salmodia, no se le siente. Y la última boca que en Francia ha sabido salmodiar con lento decoro un alejandrino ha sido la boca de Sarah Bernhardt.

* *

Berta Singerman, dentro de la elevación de su arte, me parece demasiado prisionera todavía de lo expresivo, de lo falsamente considerado como escénico, de lo malamente llamado naturalidad. Y no es lo peor cuando siguiendo, en parte—poca, mas para mi gusto excesiva aún—a esa tradición bastarda, hace, con Rubén, el lobo; sino cuando hace, con Campoamor, el cura.

Un poco más de inmovilidad. Un poco más de rigidez. Un poco más de lentitud. Un poco más de afectación (¡que digan, qué digan!) Un poco más de *pose* (¡que sigan diciendo!). Un poco más de escrúpulo en el fanatismo litúrgico del número de sílabas y de la separación de sílabas. Un poco más de rito, de fórmula, de *exorcismo*, en fin. Y una graciosa sustancia estética estaría salvada.

Un poco más de desnudez en la Voz, digámoslo claro. Cuando la Voz humana vuelva a ser reina de nuevo, florecerá en sus mejores solemnidades, sin más carne a su alrededor que la estrictamente indispensable para no necesitar de bocina.

(Nuevo Mundo, Madrid.)



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Parábolas

LAS DOS TEMERIDADES

El sol está en toda su fuerza, la selva en toda su salvajez.

En su red, tendida de hoja en hoja, una diminuta araña está en guardia, prestas sus ocho patas, avizores sus ocho ojos.

Cae una mariposa y la red se agita violentamente.

Pero la mariposa es demasiado grande, demasiado fuerte, y en uno de sus forcejos ha roto los hilos y ha escapado.

¡Ha escapado con la araña auestas!

Y yo, conmovido, mirando a la desierta red, he dicho:

—¡La temeridad del loco!

Al poco rato, otro drama.

Un avispon zumba agresivamente, cazando para sus larvas.

De pronto se lanza sobre una mosca y la hace presa, y se encorva encima de ella juntando el abdomen y el tórax, y la arranca patas y alas...

Y en esto otra mosca, sin darse cuenta del peligro, viene a pararse junto al avispon, corriendo indiferente sobre los despojos de su compañera.

Yo me digo:

—¡La temeridad del imbécil!

* *

Los hombres de ahora, sin dejar de ser temerarios, deben de librarse de estas dos temeridades. Pero antes deben ser temerarios locos, que no de la muchedumbre inmensa de los temerarios imbéciles.

EL SEMBRADOR DE LO QUE NO HAY

He visto las alas de un molino abandonado, que se movían.

He visto un labrador que hacía como que sembraba. Iba solo, lento, el pecho rojo de sol, los pies desnudos, y le caía sangre de los pies; iba por un alto que da al pueblo, moviendo los brazos del cielo a la tierra. Le he mirado a las manos: ¡Las tenía vacías!

—¿Quién es?—he preguntado a un militar.

—Un loco—me ha dicho.

Yo he pensado:

—¡Bienaventurados aquellos que en sus locuras son pacíficos! ¡Bienaventurados aquellos que hasta cuando les coge la locura se presentan nobles! ¡Bienaventurados aquellos que, aun con las manos vacías, aman y siembran a puño lo que sólo está en su mente!

Luego, mirándome a la manos, me he dicho con una tristeza que me ahogaba:

—¿Y yo? ¿Y otros?

Y dando la espalda al militar, me he descubierto, afligido, delante del sembrador loco.

¡Pobre molino abandonado, muévete en paz!

LA VÍBORA Y EL GAVILÁN

Una víbora duerme al sol. El gavilán la ha visto: se acerca, le da un alazo, la aturde, la rompe el cráneo y se la lleva colgando del pico.

Cerca de la peña en que la víbora dormía, un padre mira fijamente a su hijo, y, levantándose, con voz penetrante, le habla así:

—Ten un sentimiento vivo de la justicia. Que la justicia sea el motivo grande de la vida que te he dado, hijo de mi alma. Pero cuando veas que un usurero está a matar con un picapleitos, o una ama de pelanduscas con un mandilandin, o un rastacuero con un tacaño, o un cacique con otro cacique, o un vividor público con otro vividor, no pienses que sus luchas a muerte tengan nada que ver con la justicia. Y haz lo que hemos hecho ahora mismo: ¡Déjalos que se maten!

El gavilán se aleja con su víbora; se aleja, se aleja; y ya los dos enemigos no forman más que un mismo punto en el espacio.

EL RAPAZ INNOBLE, EL NOBLE Y LA CÁNDIDA PALOMA

Un buitre de afilosofada calva, curialesca gorja y oblongas narices, no teniendo carroña que engullir, perseguía a una linda paloma zurana, cuando un águila real, que desde un risco estaba oteando, plegóse de alones, cayó como una piedra sobre el buitre, le clavó garras en ojos y, lanzando chillidos discordantísimos, le abrió de un picotón la nuca.

La paloma en esto, viéndose súbito en salvo, se remontó y gritó en mitad del cielo con una voz tan fuerte que nadie hubiese dicho que era de paloma:

—¡Viva el águila...

Mas no pudo acabar el grito.

No pudo porque el águila, que por milagro no había visto a la paloma, manjar mucho más tierno, en oyéndola soltó al buitre en el aire y se comió el grito de la paloma y la paloma entera.

Menos unas plumas, que con muchas del coriáceo y maloliente buitre fueron una a una cayendo sobre la cabeza de este pobre fabulista, que te lo cuenta, y que te dice:

—Cuando algún poderoso rapaz, noble o innoble, persiga a tu perseguidor y le desplume, nunca te imagines que le despluma por ti, por socorrerte a ti. ni te entusiasmes, ni te creas en el caso de agradecerse de viva voz. No, tonto. Lo mejor que puedes hacer entonces es callarte el pico. Y huir más que nunca el bulto. Porque nunca siente el águila más hambre de carne de paloma que cuando, contra su sempiternal costumbre, come por necesidad carne de buitre.

LAS CIGÜEÑAS

En estos días malos, que se meten dentro de uno a dar frío y tristeza, van pasando las cigüeñas por los Pirineos en triángulos solemnes, alerta contra los halcones, con hambre y gritando. Van pasando con fe, por entre las nubes de todo el cielo, a busca de cielos más clementes. Y yo quisiera, cuando oigo sus gritos sobre mi cabeza, tener muchos niños a mi

lado, todos los de este pueblo en agobio, para decirles, conmovido, cobrando corazón:

—¡Saludad, que algo grande pasa en todo el cielo!

Porque hay una cosa que cuentan de estas emigradoras, y es que cuando se juntan para sus viajes, deliberan, parece que deliberan largo rato, y unas vigilan mientras otras van a llamar a las que faltan, a las cigüeñas domésticas que suele haber, y las maltratan por no querer seguir las en su éxodo de aves libres. Luego de lo cual se elevan rectamente: para orientarse, brújulas vivas, giran sobre sí y parten a las lejanas tierras de más sol.

Ahora pasan, símbolo vivo de lo que cada vez más creo que es el único motivo de vivir: pasan por lo alto, entre nubes hostiles, como perdidas; y siento no sé qué respeto grande. Encuentro bien esta vergüenza de las cigüeñas, de tener hermanas que no aman la libertad, que son y no son; y encuentro bien que quieran matarlas a picotazos. La domesticidad va contra las alas, es mal ejemplo para las crías y un peligro para el porvenir de la especie. Comprendo la cólera de las nobles aves, peregrinos de ala fuerte, de vuelo sostenido, de instinto liberal; comprendo que en el fondo no hacen más que defenderse: el ave de alas serviles, que es y no es de su casta, es peor enemigo que las aves de rapiña. Hay que acabar con ella.

Hacen bien. Yo también, por lo que toca a lo que hemos dado en llamar la Humanidad en marcha, estoy en que los pueblos *que se quedan*, que se quedan a servir, que tienen alas caídas, que no aman lo que son de por su alma, tienen que acabar pronto y acabar con vileza, faltos de motivo interno de vida: yo también, por lo que hace a lo que hemos dado en llamar nuestros prójimos o próximos, odio a las gentes domesticadas, que son y no son, enemigos de las alas de nuestros hijos, y quisiera dar de levadura algo de mi odio a todos los hombres que cuando han sentido mucha hambre en el espíritu han volado noblemente, con vuelo sostenido, a la busca eterna de cielos mejores.

Lo que estos malos días pasa altamente, entre nubes hostiles, por los Pirineos, después de dar muchos picotazos, es la libertad. La libertad, que no viene de este punto o del otro punto, sino que viene y va de todas partes. La libertad, que no viene de Francia, como dicen—¡mentira!—, ni de Inglaterra, sino que desde pequeños nos ha pasado por la cabeza tantas veces como a los franceses y a los ingleses, y gritando más.

LOS MAL PENSADOS Y LOS BIEN PENSADOS

En la nieve hay un cadáver. El petirrojo lo va cubriendo de hojas secas. Llega gente. Unos dicen del petirrojo:

—Si lo ha cubierto de hojas ha sido por piedad, por ocultarlo a los buitres: hasta las aves son de buen corazón.

Otros dicen:

—Si lo ha cubierto de hojas es porque así nacerán antes, debajo, miles de larvas: para vivir de ellas: es por egoísmo: hasta las aves son de mal corazón.

Pero los primeros, hasta cuando saben lo malo, necesitan muchas veces pensar bien: porque si fueran petirrojos están seguros de que serían de la clase de petirrojos que dicen. Mientras que los segundos necesitan siempre pensar mal: porque son así, malos, hasta cuando ocurre que aciertan, hasta cuando ocurre, que dicen la verdad.

TOMÁS MEABE

España.

Pastorcito santo

Era un pastorcito
perdido en los campos...
Los ojos azules,
de mirar tan franco;
el aire tan dulce,
de niño santo;
al verlo, deseos
daban de besarlo,
El pelito rubio
sobre el rostro pálido...
A poco en la senda
se perdió cantando

Señor, hoy te vimos
cruzando los campos,
¡qué hermoso que estabas,
pastorcito santo!

RAFAEL DE DIEGO

Rep. Argentina.

Los piratas y el Quijote

Estamos en el siglo XVI, en uno de aquellos países cuyas costas baña el mar Caribe. Es la época en que los piratas de Holanda y de Inglaterra, esparcidos por las aguas del mundo—espíritus de mal y de rapiña—, destruyen y saquean las ciudades marítimas, y aun de tierra adentro, que España empieza a levantar, o ha levantado ya, en el Nuevo Mundo.

Oigamos a un antiguo cronista que refiere el ataque de unos piratas, y la defensa de una ciudad:

«Recaló a principios del mes de junio (1586), sobre el puerto de Guaicamacuto, media legua a barlovento de La Guaira, aquel célebre corsario Francisco Drake, a quien hicieron tan memorable en el orbe sus navegaciones como temido en la América sus hostilidades».

El pirata, cuyas intenciones se conocen, pone en movimiento a todo el mundo. La ciudad capital, separada del mar por ingente cordillera, no se siente, a pesar de la barrera de montes, segura. Ya Drake y otros corsarios conocen el camino de sus almacenes y la cuantía de sus caudales. Cuantos hombres pueden llevar un arma, desde los catorce hasta los setenta años, abandonan la ciudad, corren a las montañas y esperan la tropa de piratas en sitios estratégicos.

«...Hallábase la ciudad (Caracas) desamparada—dice el cronista—por haber ocurrido los más de los vecinos con los alcaldes al camino real de la marina para defender la entrada».

Drake, buen bandido y buen guerrero, burla la espera y se presenta sobre Caracas por donde nadie lo aguarda.

Iba Drake con quinientos piratas. No había nadie en la ciudad. Nadie sino un viejo valiente: Alonso Andrea de Ledesma.

«Sólo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo a menoscabo de su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor; aconsejado más de la temeridad que del esfuerzo, montó a caballo, y con su lanza y su adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las banderas tendidas, iba avanzando a la ciudad.

»Y aunque aficionado el Drake a la bizarria de

aquella acción tan honrosa, dió orden expresa a sus soldados para que no lo matasen; sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba, con repetidos golpes de lanza, acreditar, a costa de su vida, el aliento que lo metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima y sentimiento de los mismos corsarios», (*Parte 1, Libro VII, Cap. X. pág. 611 de la Historia de la Provincia de Venezuela, escrita por D. José de Oviedo y Baños. Ed. de Caracas 1824*).

El héroe ha desafiado a los piratas ingleses. Ha defendido él solo a la ciudad.

Esto equivale a la transfiguración del soldado en Ejército. Esto significa introducir en el mundo de las realidades—e introducirlas *avant la lettre*—las locuras de Don Quijote.

El humilde guerrero ignorado muere una muerte de Romancero. Leonidas, de seguro, ha salido a recibirlo en el país de las sombras.

Su hazaña puede elevarse a símbolo: el heroísmo fiel a su propia sustancia heroica.

Y puede asimismo darnos lección más modesta. A saber: Inglaterra, rival de España, logra, en el curso de la Historia, supeditarla. Pero en la brega secular ha ocurrido a menudo lo que en el caso de Ledesma, el defensor de la ciudad inerme: de un lado, quinientos piratas; del otro lado, un héroe.

R. BLANCO-FOMBONA

Venezuela.

Elogio de la sencillez

Amo todo lo tuyo, porque todo
lo tuyo es tan sencillo como el agua
que corre; porque en todo: en tus modales,
en tu resignación, en tus palabras,
en el pudor ingenuo de tus manos
y en la serenidad de tus miradas,
hay el encanto puro, el misterioso
encanto que da la sencillez, la gracia
de la sinceridad que no se oculta
y la naturaleza que no engaña...

Yo sé que sufres mucho, sé que tienes
en lo más ignorado de tu alma,
una pena recóndita que nadie
descubrirá jamás, porque la guardas
como un tesoro; sé que en el silencio
de tu alcoba, si sufres, te lo callas;
y por eso te quiero, porque llevas
sencillamente tu dolor, y enlazas
a una bondad ingénita, un profundo
desprecio por la humana zarabanda...

Eres sencilla y noble: solamente
por eso, me esclavizas y me atas.

No temas; yo soy fuerte y tengo el pecho
acorazado contra la desgracia;
cuando sufras, reclínate en mi hombro,
mi espíritu te entiende y te idolatra
y mi brazo, que sabe de amarguras,
amparará tu juventud amarga
y será a tu dolor como un escudo
y a tu debilidad como una daga...
¡Y verás que el Pesar, si nos persigue,
al divisarme, volverá la espalda!

No temas, ven a mí, sencilla, humilde;
ven llena de piedad y de confianza.
—¿No ves?—Yo soy muy joven; tú, una niña,
debilísima, cándida;
yo vengo de los montes, de los montes
que incendia el sol y azota la borrasca,
del pico que da el trueno y de la selva
donde hace nido el águila;
yo llevo el poderío de un espíritu
que ante nada ni nadie se acobarda
y tú, la soberana fortaleza
de la debilidad bella y sin mácula...

Tú sencilla, yo fuerte, formaremos
frente a la humanidad una muralla,
y aprenderás entonces que la vida
es humo, es polvo, es farsa,
y que, contra la vida, solamente
la sencillez y la humildad levantan
la bandera del triunfo
y el palio de una nueva aristocracia!

Bogotá, Colombia.

Elogio del amor secreto

Nos quisimos. Fué sólo un instante,
un relámpago en la oscuridad!
Yo partí, yo partí para siempre.
Ella mora a la orilla del mar.

Sin hacernos ninguna promesa,
¿cómo puede el cariño durar?
—Algo noble, velado, profundo,
lo defiende del tiempo falaz.

Ojos negros, muy negros, divinos;
dos estrellas, dos fuentes de paz.
Nunca vieron los hombres dos ojos
más colmados de serenidad!

Es pequeña, ¿qué importa, si el alma
su grandeza no logra abarcar?
Es sencilla, ¿qué importa, si sabe
del amor la amargura calmar?

Nos amamos. Fué sólo un instante;
del secreto en el cofre ideal,
nuestro amor encerramos... y luego,
¡arrojamos las llaves al mar!

SIMÓN LATINO

Bogotá, Colombia.



La tumba de Cuautémoc

Por
Rafael Heliodoro Valle

Más cruel que la lumbre otra vez bajo sus plantas, sería encontrar la tumba del caballero-águila que por ventura está despierto en su lecho de rosas. Andan por ahí tres señores que no han de ser el Príncipe de Tacuba ni el de Atzcapotzalco, ni mucho menos el Rey de Texcoco, buscando el lugar en que sus huesos sufren, escondidos a la curiosidad de los hombres, el eterno calosfrío de la gloria. Y aseguran esos señores que tienen planos para dar con el lugar exacto de la sepultura, ese lugar que como el del Polo, no es punto matemático sino una inmensidad.

El probable hallazgo de la tumba de Cuautémoc, sólo tiene al igual del Tesoro de Moctezuma—ese sí hay que hallarlo cuanto antes—la importancia de revivir su mito y de aproximarse a su magnificencia. Tan faltos de originalidad somos los hombres de esta época, que no pudiendo crear algo que nos haga irradiar luz propia, nos entretenemos escarbando tierras sagradas, husmeando lo que debía permanecer inaccesible para siempre, porque la verdad es que si los vivos estamos hecho con el amor de los muertos próceres, un puñado de cenizas no podrá jamás ser una partícula encendida del espíritu que en él se

movió y nada es más triste en este mundo en que, como aseguró el filósofo—lo único que vale la pena es el amor, querer confundir a la mariposa de oro y de luz de la historia con el gusano de horror que se guarece en los sepulcros sin epitafio y sin coronas.

Bastaría para menguar la altitud del héroe epónimo, encontrarle la misera envoltura mortal y medirlo para ver si su valor y su martirio se ajustan a las tablas antropométricas. El lauro inútil, la cláusula oratoria, el vanidoso ceremonial, perjudicarían a la sencillez del hombre grande en quien México sintió por vez primera el alborozo de ser Patria. Cuautémoc es el mito y como todo mito no pide más que comprensión, sacrificio de comprensión, porque lo demás es sacrilegio y desdoro.

Corre por allí una biografía del héroe en la que lo que falta es el biógrafo. La historia no es mosaico de noticias, sino magia de la vida, efluvio escapado de los jardines de la muerte en donde vagan las sombras inmensas. Porque sin el ojo perspicuo, sin la pasión amorosa, no hay biografía, no hay resurrección. Y Cuautémoc no es puñado de cenizas inertes sino espíritu que vivifica de luz la atmósfera que circunda con sudario inconsútil.

Buscar, pues, su cadáver, no es buscar al héroe ni mucho menos entender su símbolo. El camino es largo para llegar a esas cumbres que se perfilan en el horizonte y en la noche, sólo para aligerar nuestra fatiga andante cuando la enciende la sed de amar. El gran mexicano que, burlándose de las profecías fué a pelear contra los dioses sabiendo que lo eran y que su caída tenía que ser lo fatal, es más grande que el destino, y su estatura hay que medirla tomando de punto de comparación la de los héroes griegos que combatían contra los dioses, pero jamás contra el destino.

El día que se halle su tumba, cuando ésta debe ser una gradería de montañas bebiendo infinito, su personalidad entrará en las categorías humanas, será uno de tantos mortales que no tienen lo que falta en las biografías, la leyenda. Cuando vemos la armadura de Hernán Cortés—que es inferior al mito porque es la realidad—el biógrafo míope se nos inquieta pesando el metal y sometiendo al agua regia del análisis para ver si tiene liga vil, escoria abominable, vanidad, misera vanidad.

Amberes 67. México, D. F. México.

Recordando a Delmira Agustini

ESTA hora se llena del recuerdo suave, grato, de Delmira Agustini, aquella dulce poetisa, muerta ya para el mundo. Ella, como Ada Negri, como Maria Eugenia Vaz Ferreira, como la Storni, como la Mistral y como la Ibarbourou, desnudó su alma múltiple y ardorosa, con pureza de luna y de flor. Vivió su vida intensamente. Dió el amor y la belleza de su espíritu, en todas las formas que le fué posible.

En plena primavera su existencia, cual una vid doblada de racimos, o como una enredadera en floración exuberante, la crueldad de una tragedia la vistió de muerte.

Oigo en sus versos blanda música y percibo un hálito de abismo. Y es que de armonía y de sombra, se vistió su alma atormentada. Las antenas de su espíritu palparon lo hondo y el pensamiento la quemó siempre, la desgarró dolorosamente, haciéndola exclamar:

Yo me muero extrañamente... No me mata
la Vida,
no me mata la muerte, no me mata el Amor;
muero de un pensamiento mudo como una
herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor,
de un pensamiento inmenso que se arraiga
en la vida,
devorando alma y carne y no alcanza a
dar flor?
¿Nunca llevásteis dentro una estrella
dormida
que os abrasaba enteros y no daba un
fulgor?

Aunque no termina ahí su grito de congoja, esos versos dicen bien claro el dolor de su espíritu.

Digna antecesora de la primavera Juana de Ibarbourou, fué honda como Gabriela Mistral, la poetisa de amor y de justicia.

En sus versos conocí su alma y en ellos amo su recuerdo, dulcemente.

CLARA DIANNA

San José, de C. R.
Mayo de 1926.

El Consultor Bibliográfico

Director: J. C. Del Giudice

Colaboración original de los más prestigiosos escritores de la Península y de América. Extractos de los mejores libros. Noticias, vida literaria, bibliografía mensual clasificada.

100 páginas de texto cada mes por 5 pesetas al año.

Administración: Muntaner 328. Barcelona. (España).

Agencias

del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del Repertorio en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscripción anual, aislada y directa:

\$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adm. del REPERTORIO AMERICANO

Ap. Letra X

San José de Costa Rica, C. A.

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Observaciones a la Real Academia Española

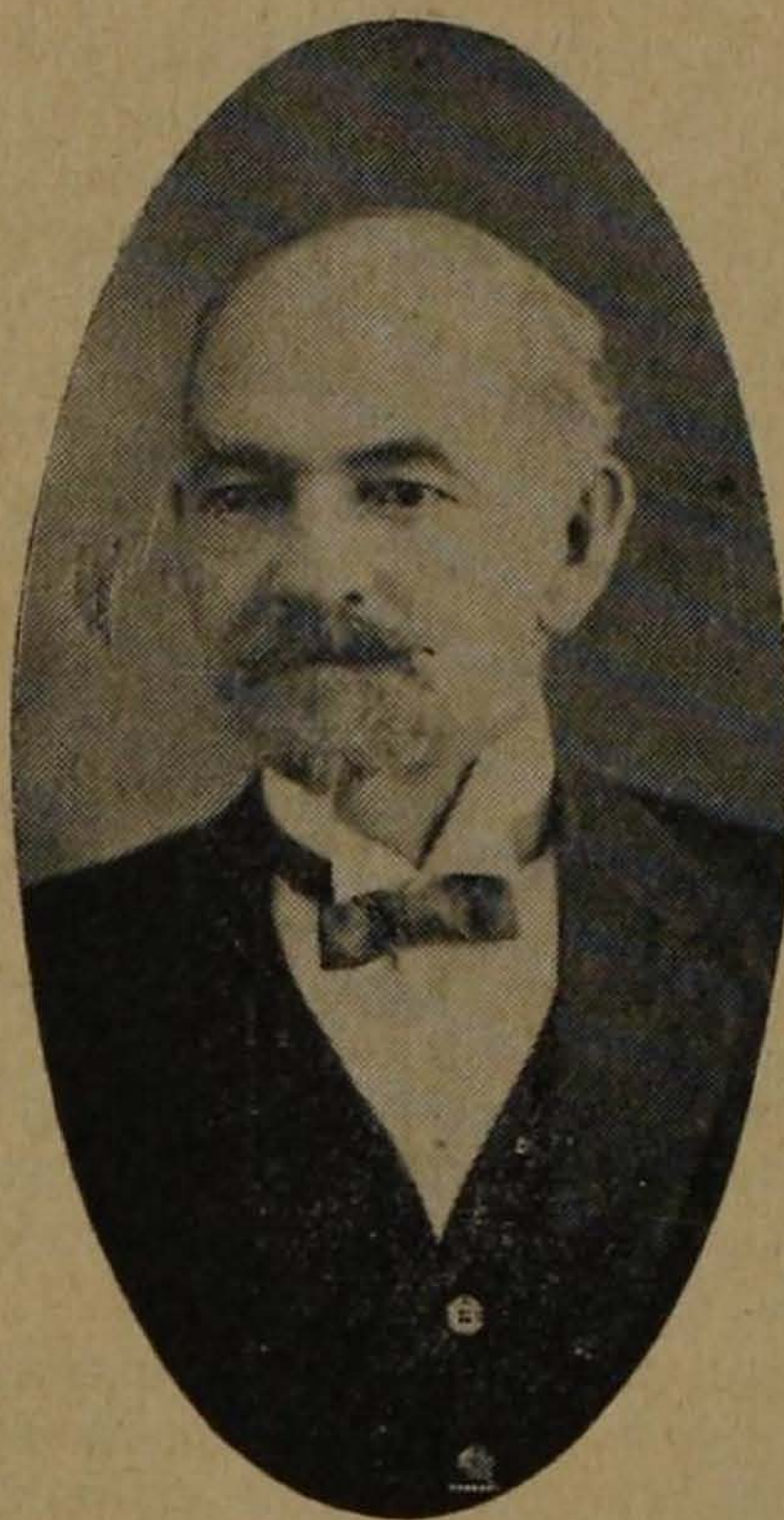
EN los números 15 y 16, tomo XII, del REPERTORIO AMERICANO, de fechas 17 y 24 del corriente, se publicó el «Estudio presentado a la Academia Costarricense correspondiente de la Española, por su socio de número Lic. Alberto Brenes Córdoba», y que éste intitula *El Diccionario de la Academia Española. Edición de 1925*.

Por ese importantísimo *Estudio*, que he leído con interés y con gusto, vengo en conocimiento de que su autor no sólo es un letrado y comentarista de nota, lo que ya sabía, sino también un entendido gramático y filólogo de mucho viso, lo que testimonia por sí sola su producción literaria a que me refiero, nutrida de saludable enseñanza en materia de idioma. Su correcta prosa, no obstante que es meramente didascálica por el tema que desarrolla, de suyo árido, tiene giros cervantinos en cuanto finaliza a menudo con verbos las oraciones y las cláusulas, y corre fácil, clara y transparente, como el límpido cristal de los arroyos que serpentean en las faldas de nuestras montañas. Que me place.

Con todo eso, manifiesto (no por vía de censura al señor Brenes Córdoba, sino más bien en su defensa y la mía contra algún Aristarco o Zoilo que pudiera presentarse embistiéndonos a él y a mí por lo que acabo de decir) que no empaña la tersura de esa prosa, ni aminora el aticismo del prosador, el feúcho pleonismo con la *mejor buena fe*, contenido en el párrafo 5.º de dicho *Estudio*, porque, a más de que lo he visto usado no pocas veces en notables documentos diplomáticos, en periódicos, folletos y libros y hasta por buenos hablistas, se nota que fué estampado por culpa del cajista—si no estaba en el original—y si en éste se hallaba, simplemente por *lapsus calami*, pues no se compagina semejante adefesio con la filología del escritor.

Ese pleonismo está prohibido por los cánones del idioma, y para que sea estirpado voy a exhibirlo aquí en toda su repugnante fealdad, a las personas que no sean versadas en achaques gramaticales.

Bien sabido es que *mejor*, como adjetivo comparativo de *bueno* y como adverbio comparativo de *bien*, significa, respectivamente, *más bueno* y *más bien*. Así que las oraciones «Pedro es *mejor* que Juan» y «Pedro es *más bueno* que Juan», son perfectamente homólogas, y la frase «el enfermo está *mejor*» es igual a estotra: «el enfermo está *más bien*». Por consiguiente el complemento «con la *mejor buena fe*» equivale exactamente a la expresión «con la *más buena fe*», lo que es, ni más ni menos, albarda sobre albarda, esto es, una monstruosa tautología, y, por ende, un solecismo endiablado, horroroso, vitando. Ese burdo pleonismo debe ser corregido, substituyéndolo por cualquiera de las expresiones «con la *mejor fe*», «con la *más buena fe*», o «con la *mayor buena fe*», que es la más expresiva y que, de seguro, fué la que dictó a su



Dr. Felipe Ibarra,
letrado nicaragüense y autor
del presente artículo

amanuense o mecanógrafo el distinguido gramático señor Brenes Córdoba, puesto que *mayor* y *mejor* son muy similares; porque ambos son adjetivos de comparación, disílabos y consonantes agudos—ya que tienen idénticas terminaciones—porque llevan igual número de letras y las mismas iniciales y porque sólo difieren en que *mayor* es comparativo de *grande* y *mejor*, de *bueno*, como lo dejo anotado, y en que la *a* y la *y* del primero fueron trocadas por la *e* y la *j* del segundo, debido sin duda a un verdadero *quid pro quo*; es decir, en vez de *mayor* se escribió *mejor*, equivocada e inconsistentemente.

De la misma laya de ese pleonismo son los comprendidos en las locuciones bárbaras *abismo sin fondo*, *aceite de petróleo*, *desde ab aeterno*, *desde ab initio* y muchas otras, porque la primera significa *abismo abismo* o *sin fondo sin fondo*, la segunda, *aceite aceite de piedra*, la tercera, *desde desde la eternidad* y la cuarta, *desde desde el origen*, pues que *abismo*, del latín *abyssymus*, superlativo de *abysus*, se compone, como éste, de dos elementos griegos: de *a* privativa, equivalente a *sin*, y de *bissos*, fondo (sin fondo); *petróleo* nace de las voces latinas *petra*, piedra, y *oléum*, aceite; y las frases *ab aeterno* y *ab initio*, usadas corrientemente en castellano, constan del prefijo *ab*, que equivale a *desde*, y de las respectivas palabras *aeterno* (eternidad) e *initio* (origen, principio).

A pesar de estas sencillas nociones que ya se han vulgarizado tanto en las escuelas, a un venerable canónigo magistral de cierto cabildo de una de las diócesis de Nicaragua, le oí decir una vez, cuando predi-

caba un elocuente sermón: «Desde *ab aeterno*, Dios dispuso grabar con caracteres indelebles en el alma del hombre los principios inmutables de la moral cristiana»; y entre medias del año próximo pasado, siendo Presidente de aquella República don Carlos Solórzano, quien sólo se distinguió por su dejadez, por su deslealtad, por su ineptitud y por su abulia como gobernante, leí en un diario conservador de aquel país lo que copio: «La situación política de Nicaragua en la actualidad es un *abismo sin fondo*».

Dice el señor Lic. Brenes Córdoba: que la edición XV del Diccionario de la Academia Española «señala notabilísimo progreso», porque «se ha modernizado y puéstose a la altura de los mejores» de otras lenguas; que «el neologismo y los provincialismos de España y de la América Española han encontrado» en él «franca acogida», lo mismo que «las voces técnicas, aunque *siguiendo en esto prudente orientación*»; y que se han rectificado errores «tocante a la etimología de las palabras», y se han perfeccionado las definiciones, ilustrándolas con ejemplos. En seguida pone de manifiesto varias sargas de americanismos admitidos en la nueva edición de dicho Diccionario, y por último otra de vocablos que dice son costarriqueños todavía no incluidos en él, «por si la Academia tiene a bien dar acogida a algunos de ellos», entre los cuales figura el gentilicio *costarricense*, que siendo el único generalmente usado, nunca ha merecido tan alto honor.

En la primera de esas luengas sargas aparecen *nicaragüense* y *nicaragüense* como términos homólogos, siendo el primero, para la Academia, el más originalmente castizo, porque es el definido, mientras que el segundo, que en ediciones anteriores venía figurando con la misma definición que ahora tiene su compañero afortunado, hoy por hoy ocupa lugar muy secundario, sin esa definición que le prestigiaba, y actualmente sólo conocido por el nombre del hermanastro que le ha nacido; pero conforme con la suerte que el destino le ha deparado y hasta cierto punto considerándose dichoso por haber quedado con vida y no haber sido puesto de patitas en la calle.

Por otro lado, la docta corporación española que ejerce la suprema autoridad en los dominios de la lengua, no ha querido jamás adoptar como su hijo al agraciado y hermoso gentilicio *costarricense*, y en su lugar ha prohijado, sin razón ninguna, al extraño y extravagante *costarriqueño*, que censuró acremente, con razones de mucho peso, el famoso crítico don Enrique Guzmán, gloria de las letras nicaragüenses. Sólo estos desaciertos de tomo y lomo prueban a las claras que no ha habido en la Academia la «*prudente orientación*» de que habla el señor Brenes Córdoba, que ella no ha tenido en verdad el tino y la discreción necesaria en el escogimiento y selección de los americanismos, de lo cual

hablaré con más amplitud en otro escrito.

Ahora vuelvo al ridículo *nicaragüense* que ha sido ahijado en la XV edición del Diccionario, y que pasé inadvertido cuando a principios de este año hube esa edición y empecé a leerla; y al verlo en ella, apenas me impuse del referido *Estudio*, me llené, como era natural, de justa indignación, y se me previno en el acto proceder sin demora a censurarlo. De manera que es él y no otro el objeto primario de este mi mal enhilado artículo.

¡¡¡*Nicaragüense!!!* ¡Qué atrocidad! ¡Oh! teratología espantosa nacida como abultado lobanillo o descomunal bocio en el organismo robusto, hermoso y esbelto del habla castellana! Quisiera apañar en estos momentos el látigo de fuego que cayó de la diestra de Enrique Guzmán, cuando Átropos, la vieja escuálida, le cortó el hilo de la vida a ese brioso paladín del idioma de Cervantes, para darle una fuerte zurribanda, hasta que de rodillas no me pidiera alafia, al miembro de número o de los correspondientes españoles o extranjeros de la Academia Española que a ésta le sugirió en mala hora la adopción del execrable *nicaragüense*! ¡Oídos que tal oyen!

Acerca de ese vocablo dice el señor Brenes Córdoba en su primera lista de provincialismos aceptados en el nuevo léxico: «*nicaragüense*». (También se registra *nicaragüense*, pero esta forma de gentilicio es casi desconocida en América). Esto, a mi ver, no es de todo en todo exacto, pues la verdad es que es para mis coterráneos y para mí, insolente palabrota (porque con ella se nos ha puesto a los nicaragüenses un feo apodo muy despectivo, que nos ofende), no puede decirse que es «casi desconocida en América», sino que es *totalmente desconocida*, completamente ignorada, como lo saben todos, pues antes que la Academia la acogiese, nunca, jamás se había pronunciado ni escrito en América y España, ni en ninguna otra parte del mundo.

Por consiguiente, esa palabrota, que mancha la pureza del idioma y lo deslustra con su sombra, no es un neologismo, ni un provincialismo de España, de América, de las islas Filipinas o de otros países en donde se habla castellano, sino solamente un aborto mil veces desgraciado y sensible ¡quien lo creyera! de la augusta y sabia maestra que «*limpia, fija y da esplendor!*»

Si, como es evidente, *nicaragüense* no es un neologismo, ni un provincialismo sino solo un aborto de esa maestra respetabilísima, ¿en qué se fundó ella para concebirlo y darlo a luz como español? ¡Qué principio de la ciencia del lenguaje lo generó o engendró? — Ninguno. — Al contrario, para ello se violaron todos los preceptos de etimología, fonética, morfología y etnología que autorizan la creación de una palabra.

Si *nicaragüense*, por su origen, se deriva de *Nicaragua*, de quien es naturalmente hijo legítimo, bautizado *ab initio* con ese nombre vernáculo, y así se ha llamado siempre, y seguirá llamándose por los siglos de los

siglos, aunque no quiera la Academia, ¿por qué razón ésta al que lleva tal nombre le ha puesto ahora el insólito y estraño mote de *nicaragüense*?

En la sola fonación de *nicaragüense* y *nicaragüense* se nota al provisto una diferencia enorme, en cuanto al sonido y a la forma de uno y otro. El primero es bello, elegante, agraciado, eufónico, dulce; mientras que el segundo es áspero, como una roca, bronco y desapacible, como el croar de la rana o el graznido monótono del buho, deforme, como una larva, y repugnante y feote, como un sapo.

La norma que regula, en orden a los sufijos de los adjetivos nacionales, la estructura y formación de éstos, es varia y multiforme, por la diversidad de elementos y circunstancias que concurren en la composición de tales nombres, que a veces transforman total o parcialmente la raíz de que se originan; pues aunque los más comunes de esos sufijos son *és*, *ense*, *ano*, *ño*, (franc-*és*, aragon-*és*, leon-*és*; londin-*ense*, matrit-*ense*, bonaer-*ense*; americ-*ano*, bogot-*ano*, cub-*ano*; madril-*ño*, brasil-*ño*, lim-*ño*), hay muchos otros cuyo número no puede fijarse, por ser indefinido, y tampoco su forma, porque es muy diferente en cada uno de ellos, y en algunos rara; verbigracia: *croata* (de Croacia), *dálmata* (Dalmacia), *candiota* (Candia), *calagurritano* (Calahorra), *gaditano* (Cádiz), *belga*, *polaco*, *valisoletano* (Valladolid), *comlutense* (de Alcalá de Henares), *uruguayo*, *sueco*, *español*, *ruso*, *noruego*, *turco*, *húngaro*, *griego*, *heleno*, *corso* (de Córcega), *chileno*, *sarde* (Cerdeña), *marroquí*, *ceutí* (de Ceuta), *moscovita* (Moscovia), *árabe*, *arabio*, *arábico*, *arábiga*, *arabesco*, *sarraceno* (de Arabia), *babazorro* (de Alaba), *bátavo* (Batavia), *granadino*, *azteca*, *guatemalteco*, etc.

Para formar éstos y los demás gentilicios ¡claro está! que no ha de procederse a ton-tas y a locas, desatinadamente, sino que debe siempre haber en ello madurez y cordura, teniendo en cuenta no sólo la índole de nuestra lengua y otros muchos motivos, sino principalmente las razones étnicas y de eufonía, ley que rige en todos los idiomas y con más fuerza y eficacia en el español, que es el más rico, sonoro, armonioso y bello de los que se hablan en toda la haz de la tierra.

Si por esas razones étnicas, la Academia no ha podido variar el nombre de *Nicaragua*, sino adoptarlo tal cual es, como ha solido hacerlo respecto de otros, de una manera general, tampoco ha podido variar su natural gentilicio, que es *nicaragüense*, ni darle un sinónimo, hecho con el mismo radical y el sufijo *ño*, o con alguno de los demás, por ejemplo: *és*, *ano*, *ino*, *eno*, *ata*, *eco*, *aco*, de los cuales resultarían *nicaragüés*, *nicaraguano*, *nicaragüino*, *nicaragüeno*, *nicaraguata*, *nicaragüeco*, *nicaraguaco*, los cuales son tan monstruosos como *nicaragüense*; porque *nicaragüense*, además de que está bien formado con la terminación *ense*, propia del castellano, y de que tiene verdadera eufonía, es de uso general no sólo

en Nicaragua sino en toda La América Española y aun en nuestra madre España y otras naciones; uso general que también es ley imperiosa, ineludible, que, por lo mismo, debe cumplirse a todo trance, para dar a *nicaragüense* y a otros gentilicios que se hallen en igual caso, como *costarricense*, carta de naturaleza en la lengua castellana, y para la admisión en ella de neologismos y provincialismos usados generalmente por el vulgo y las personas cultas; sin recurrir a la formación de otros nacionales, sin necesidad, particularmente cuando salen abominables, como *nicaragüense* y *costarriqueño*. Por eso a la misma Academia no se le ha ocurrido nunca llamar al guatemalteco *guatemalteco*, al hondureño, *honduraco*, al colombiano, *colombianés*, etc. etc.; de lo cual se deduce que, habiéndose violado todos los principios fundamentales de la gramática y de la lingüística en la creación del vocablo *nicaragüense*, se ha cometido un grave atentado contra el idioma; y que el padre único del extraordinario aborto en referencia no es otro sino el demonio de la arbitrariedad en forma de un antojo o capricho de la madre posesa.

Lo dicho acerca de *nicaragüense* y *nicaragüense* es aplicable en todas sus partes a *costarricense* y *costarriqueño*, aunque formado éste por el estilo de *portorriqueño*, *caraqueño* y *antioqueño*.

¡Oh! Excelentísima Real Academia Española! Yo soy vuestro franco admirador y ferviente devoto; respeto y acato sumiso vuestra autoridad y poder, porque son legítimos, y porque sois en verdad un pozo de sabiduría; y obedezco humildemente vuestras decisiones y mandatos cuando no se apartan de la órbita de vuestras sagradas atribuciones; mas extralimitándose, en vez de cumplirlos, estoy constituido en la obligación de atildarlos, haciendo uso de las reglas de la crítica, de que vos misma frecuentemente echáis mano para defender, amparar y mantener la pureza y propiedad del idioma; por lo cual firmemente creo que no os he injuriado ni desacatado con mi censura, porque ésta no es más que la observancia de un deber y el ejercicio de un derecho.

¡Oh! maestra sapientísima y tremenda, que lleváis las riendas del gobierno en la floreciente república de las letras! Fundado en las razones que dejo aducidas, y en nombre de Nicaragua y Costa Rica, de la ciencia del lenguaje, de las leyes de eufonía y de buen gusto, de la dialéctica, de la lógica, de la razón y hasta del sentido común, os pido, exoro y ruego, muy respetuosamente, que en la próxima edición de vuestro diccionario, suprimáis los terminachos *nicaragüense* y *costarriqueño*, dejéis y refirméis en él, bien definido, el gentilicio *nicaragüense* y, adoptéis a *costarricense*, que es el de uso general, como lo prueban Rivodó en su *Diccionario Consultor*, Gagini en el suyo de *Costarriqueñismos* y el señor Brenes Córdoba en su mencionado *Estudio*, donde, a más de insinuaros el prohijamiento de *costarricense*, corrigió el título de Aca-

demia Costarricense, usado por vos en la XV edición de vuestro lexico, sustituyéndolo con el de *Academia Costarricense*.

FELIPE IBARRA

San José, Costa Rica,
28 de Abril de 1926.

Anadiomena

Bajo la luz jocunda y rosada
de la Aurora, estoy erguida,
con los brazos en alto;
la divina quietud del Archipiélago
me llama, me invita,
a lanzarme hacia el azul del cielo.

Mas siento subir hasta mis senos
los latidos del corazón del mundo
y me estremezco toda.

¡Oh Zeus! Pesada está la mar
y mis cabellos sueltos, como sierpes
de plomo, me arrastran bajo las ondas.

Llegad, brisas ligeras,
y tú Cymothoe y tú Glaucos,
sostenedme los brazos
bajo la negra comba de las axilas:
¡jamás soñé encontrarme así
abandonada en brazos del Sol!

ANGUELOS SIKELIANOS

Amigo García Monge:

A Ud. que, sin desdeñar lo bueno antiguo—maravilloso eclético—gusta ofrecer a los lectores del REPERTORIO AMERICANO las mieles recién salidas del colmenar, olorosas todavía a floresta virgen, le envío esta traducción del joven poeta griego Anguelos Sikelianos, en quien la República de Pangalos, que dice querer restaurar las pristinas glorias de la Hélade, ha puesto todas sus complacencias. No sé hasta dónde tengan razón los siempre volubles atenien-ses al parangonar a Sikelianos con sus antiguos líricos; mas lo cierto es, que en la poesía de aquél se advierte algo de la augusta simplicidad que nos embelesa en las rapsodias del Lirida Ciego. Yo, que por mi desgracia, no he rumiado lo suficiente las amargas raíces griegas, traduzco estos versos del francés, sirviéndome de la versión directa de Jean Michel.

MARIO SANTA CRUZ

México, Primavera de 1926.

Errata

En el N.º pasado, pg. 294, *Carta* de don Justo A. Facio, hay una que debe corregirse: *fascio littri*, dice. Léase: *fascio littorio*.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz
y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Asociaciones

Dos años de labor sostenida en beneficio del Magisterio Nacional. Panamá, 1926. (Donación de la Asociación de Maestros de la República de Panamá).

Astronomía

ALBERTO OLIVA. — *Fantasías*. Guadalajara, México, 1925. (Donación del autor).

Artes plásticas

ROBERTO MONTENEGRO. — *Máscaras Mexicanas*. Publicaciones de la Secretaría de Educación. México, D. F. (Donación de Xavier Villaurrutia).

Crítica literaria

FRANCISCO ROMERO. — *Un libro de Wells*. Buenos Aires, 1926; pp. 16. (Donación del autor).

RAMIRO DE MAEZTU. — *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. CALPE. Madrid, 1925. (Donación del autor).

ARMANDO DONOSO. — *La otra América*. CALPE. Madrid 1925. (Donación del autor).

ARMANDO DONOSO. — *Dostoievski, Renán, Pérez Galdós*. Biblioteca CALLEJA. Madrid, (Donación del autor).

L. S. NIETO CABALLERO. — *Libros colombianos*. Bogotá, 1923. (Donación del autor).

Poesía

LEOPOLDO LUGONES. — *Los Crepúsculos del Jardín*. Segunda edición, BABEL. Buenos Aires, 1926; pp. 200. (Donación del editor).

Antología de la Poesía Argentina Moderna (1900-1925). Con notas biográficas y bibliográficas. Ordenada por JULIO NOÉ. Edi-

ción de NOSOTROS. Buenos Aires, 1926; páginas 608. (Donación del compilador).

Teatro

CLAUDIO CUENCA. — *Don Tadeo*. Comedia. Tomo II. N.º 4. Buenos Aires, 1926. (Donación del Instituto de Literatura Argentina, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires).

Viajes

JULIO V. GONZÁLEZ. — *Tierra Frágosa*. Paisajes, tipos y costumbres del Oeste Riojano. Juan Roldán y Cía., editores. Buenos Aires, 1926; pp. 270. (Donación del autor).

Historia

FABIÁN VELARDE Y FELIPE J. ESCOBAR. — *El Congreso de Panamá en 1826*. Editorial Minerva. Panamá, R. de P.; pp. 172. (Donación de don Juan B. Thibault).

Partes de que se compone la obra:
Situación política de las Repúblicas hispanoamericanas al terminar las guerras de emancipación.

La Federación Americana.

El Congreso de Panamá.

Labor jurídico internacional del Congreso.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras

Dire tor: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un Sol

Apartado N.º 176 Lima, Perú.

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica